JOSÉ M. FARALDO

# RUSOFOBIA

CATARATA

JOSÉ M. FARALDO

# RUSOFOBIA

CATARATA

# Índice


CAPÍTULO 1. ¿QUÉS ES LA RUSOFOBIA?
- Algún punto de partida
- La selva de los estereotipos
- El oso ruso

CAPÍTULO 2. RUSOFOBIA EN SUS ORÍGENES
- La figura del zar cruel
- El estereotipo negativo de ‘Europa oriental’
- Rusia y Asia
- El origen del prejuicio en Ucrania y Polonia
- La primera rusofobia moderna

CAPÍTULO 3. EL SIGLO DE LAS CATÁSTROFES
- Ciencia y prejuicio
- La propaganda durante la Primera Guerra Mundial
- El comunismo y la rusofobia
- La propaganda durante la Segunda Guerra Mundial
- ‘Europa oriental’ durante la Guerra Fría
- La rusofobia en la Guerra Fría
- El renacimiento de la rusofobia
- Shafarevich, la disidencia y la rusofobia
- El fin de ‘Europa oriental’
- Rusia y Europa

CAPÍTULO 4. PREJUICIO Y PROPAGANDA
- Rusofobia tras la URSS
- ¿Por qué el enfrentamiento?
- Rusofobia en Rusia
- La Iglesia ortodoxa y la rusofobia

La dictadura como necesidad
Putin y la rusofobia
Una nota sobre rusofobia en España
Entre rusofilia y rusofobia: conclusiones

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

JOSÉ M. FARALDO

**Escritor, traductor y profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Ha traducido, entre otros, a Olga Tokarczuk, Andrzej Sapkowski, Kir Bulichov y Andreas Eschbach. Experto en Europa central y oriental, ha trabajado durante varias décadas en diversos centros de investigación histórica en Alemania y España. Ha publicado varios libros entre ellos: Las redes del terror. Las policías secretas comunistas y su legado (Galaxia Gutenberg, 2018), Contra Hitler y Stalin. La resistencia en Europa (1936-1956) (Alianza Editorial, 2022) y Sociedad Z. La Rusia de Vladimir Putin (Báltica, 2022).**

José M. Faraldo

# Rusofobia

## ENSAYO SOBRE PREJUICIOS Y PROPAGANDA

CATARATA

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

© JOSÉ M. FARALDO, 2023

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2023
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

RUSOFOBIA.
ENSAYO SOBRE PREJUICIOS Y PROPAGANDA

ISBNE: 978-84-1352-769-7
ISBN: 978-84-1352-759-8
DEPÓSITO LEGAL: M-18805-2023
THEMA: NH/1DTA

IMPRESO POR ARTES GRÁFICAS COYVE

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

*A Santi, mi hermano, verdadero rusófilo*

> Nuestra preocupación actual por la amenaza de posguerra que supone Rusia para Occidente nos parece totalmente justificada. Y sin embargo, debemos tener cuidado de no permitir que la inversión de las relaciones que se ha producido entre Rusia y Occidente desde 1945 nos lleve a olvidarnos del pasado en nuestra lógica preocupación por el presente. Si contemplamos el enfrentamiento entre Rusia y Occidente en la perspectiva del historiador, y no en la del periodista, vemos que, durante varios siglos, hasta 1945, los rusos tuvieron la misma razón para mirar con recelo a Occidente, que nosotros en Occidente creemos tener hacia Rusia hoy.
>
> ARNOLD TOYNBEE,
> *El mundo y el occidente* (1953)

Vladímir Putin está convencido de ello: Rusia está rodeada de enemigos. Acechan al país, lo amenazan, no lo aceptan, no entienden sus particularidades, lo intentan debilitar, destruir, en suma. Putin cree que están por todas partes. Los norteamericanos, que le han intentado engañar, haciéndose pasar por aliados durante más de dos décadas cuando lo que en realidad buscaban era algo muy distinto, infiltrar el país, desmontar su cultura, su economía, hacerse con las riquezas, desmembrarlo. Lo ve en los europeos, a los que desprecia, pero a los que identifica, al fin, con los nazis, los polacos, los suecos, las tropas napoleónicas, invasores todos de una tierra eterna que es capaz de tragarse a cualquier conquistador en ciernes. Lo ve en China, en quien no confía, con quien tiene disputas territoriales y fronterizas desde tiempos inmemoriales, esos herederos de Gengis Khan, invasores también, pero a los que necesita para oponerse al "Occidente colectivo". Lo ve en los japoneses, acechando siempre, deseando hacerse con pedazos de la tierra rusa ganados en batallas sangrientas y memorables.

Incluso quienes eran hermanos menores, los ucranianos, han sido infectados y contaminados por los enemigos, se han convertido en agresores, en invasores, en gentes que odian a los rusos. Y no digamos los

georgianos, que —olvidando la tradición de su gran héroe y compatriota Iósif Stalin— se dedican a estrellarse contra sus fronteras en un odio a Rusia sin medida. Y cómo se atreven los bielorrusos, que ni siquiera existen, a decir en voz alta que son una nación, a pesar de su presidente, el director de ese inmenso *koljós* que es ahora el completo país de la Rusia Blanca.

No hay tregua alguna, solo apariencia de ella. Es una batalla sin final, que se viene dando desde el más remoto pasado. Que no terminará nunca y que explica que Rusia haya de estar siempre preparada para combatir y defenderse. La agresión es defensa.

Para Vladímir Putin, las guerras del pasado siguen estando presentes. En esa guerra santa contra Occidente, los motivos por los que hace mil años se combatió a los Caballeros Teutónicos o a los tártaros siguen vivos hoy día. Hay una continuidad sin tregua que se extiende a lo largo de ese territorio inmenso y sin fronteras en el que el tiempo parece fluir sin medida, en un eterno bucle en el que unos enemigos se transforman en otros y atacan y son derrotados, siempre al precio de enormes sacrificios. El pueblo ruso es honesto y sencillo, pero capaz de enfrentarse a cualquier depredador, sea una jauría de lobos en la estepa o un ejército de desaforados invasores en sus fronteras.

Putin lo cree —deseamos pensar— sin cinismo. Pero no es el único. Hay muchos otros rusos que están convencidos de que el mundo les odia y les persigue. Durante los primeros meses después del comienzo de la agresión rusa a Ucrania en febrero de 2022, se extendió por Rusia la paranoia de que ciudadanos rusos estaban siendo acosados, agredidos o humillados a lo largo del globo. Los medios de comunicación rusos —todos en manos del Kremlin— extendieron esa idea a través de informes sesgados y noticias sacadas de contexto. Era, claramente, una herramienta de rearme psicológico. Hubo, cierto, algunos casos concretos: una universidad italiana que se negaba a hacer un curso sobre Dostoievski, alguna agresión aislada en Alemania. Apenas nada que cayera más allá de la anécdota. Pero esa percepción del odio y del

desprecio acrecienta el aislamiento y la soledad de Rusia. Entre la propaganda y la realidad, entre el caso concreto y las acusaciones nacionalistas, apenas percibimos lo que de verdad sucede. Hay que disolver la niebla y mirar más allá. La palabra clave es “rusofobia”.

CAPÍTULO 1
# ¿QUÉ ES LA RUSOFOBIA?

Definir qué es la rusofobia y describir su acción es mucho más complejo de lo que pudiera parecer. La palabra tiene un claro componente descriptivo: odio a los "rusos". Pero, a la vez, el concepto ha sido objeto de abuso por la propaganda rusa, victimista. Convendría entonces ir deslindando qué hay de concreto y real en la fobia y qué de impostado y construido por la propaganda. Este breve ensayo, pues, tiene dos objetivos principales. Uno es el de narrar de forma sucinta la historia de los prejuicios contra Rusia. El segundo, mostrar que esos prejuicios históricos —es nuestro análisis— no han constituido una barrera para conocer o apreciar la cultura rusa, pese a lo que diga la propaganda oficial rusa actual. Espero que, así, al final, podamos escaparnos de la mera repetición de estereotipos y de adscribir características esenciales a colectivos y pueblos. Al tiempo que evitamos ser usados como tontos útiles por políticas que tienen sus propios designios.

## ALGÚN PUNTO DE PARTIDA

No es solo desde que comenzara la guerra de Ucrania. La palabra "rusofobia" es un término que se ha usado en los últimos 150 años para describir el miedo, la aversión, la hostilidad o el prejuicio hacia "Rusia", "lo ruso", "el pueblo ruso" o la cultura rusa en general. La actitud rusofóbica —como toda hostilidad ideológica— tiene diversos orígenes: puede estar basada en estereotipos negativos, prejuicios implantados,

imágenes tradicionales, odios transmitidos por educación o tradición, xenofobias aprendidas. Pero también puede ser producto de análisis más racionales: desde la geopolítica se puede valorar si hay un posible peligro de agresión o expansión territorial o de incremento de la influencia negativa de Rusia sobre otros países o territorios. Puede surgir de la percepción de que el Gobierno ruso de turno pueda representar una amenaza para otros países o estar en situación de comenzar una guerra. Por ejemplo, para el primer gran investigador del tema, John Howes Gleason, "la hostilidad anglo-rusa, al parecer, fue el fruto de ambiciones imperiales competitivas que en el siglo XIX transformaron en vecinos en el mundo colonial a dos potencias hasta entonces remotas" (Gleason, 1950: 1). Hubo, por ejemplo, un tiempo en que los zares eran considerados como la monarquía más reaccionaria de Europa y estaban dispuestos —como en 1848— a invadir Transilvania y Valaquia para acabar con la revolución nacional y liberal. Luego, el comunismo de impronta soviética, identificado con Rusia, se convirtió en la personificación de todos los males para la derecha global.

Pero los simples prejuicios o la mera crítica a aspectos determinados de la política exterior rusa no constituyen rusofobia —del mismo modo que reprobar las desmedidas intervenciones norteamericanas en el exterior no es antiamericanismo, ni rechazar la política israelí en los territorios ocupados es antisemitismo—. La rusofobia, tal y como la entienden los nacionalistas rusos, es una expresión visceral que desprecia, minusvalora, ridiculiza, ataca y llega hasta odiar todo lo que tenga que ver con Rusia y, en especial, con su cultura, su lengua y su gente. Para que haya rusofobia, además, ese sentimiento debe concretarse en acciones, ya sean de política internacional o de discriminación efectiva o persecución física de personas consideradas como "rusos", por el hecho de serlo. Es por ello que una verdadera rusofobia —en ese sentido— ha sido históricamente bastante escasa. Pero ha existido.

La rusofobia en la política internacional se basa en tres mitos: que Rusia es *intrínsecamente* antioccidental y expansionista, de un modo

además conspirativo y oculto; que es *esencialmente* autocrática y contraria a los derechos humanos y a las libertades de la democracia liberal, y que oprime *siempre* a otros grupos nacionales, en particular a los que comparten su espacio geopolítico (Tsygankov, 2009: 14-15). Por analogía histórica, estos mitos crean un espacio para la rusofobia; es decir, a través de comparaciones entre aspectos de la historia rusa muy alejados entre sí: Iván el Terrible es Stalin y Stalin es Putin, la opresión chechena en la época zarista es como la de Stalin y esta como la de las guerras chechenas de Yeltsin y Putin. La continuidad histórica establecida entre diversos periodos históricos convierte a "Rusia" en un ente abstracto, eterno, esencial, cuyas características —negativas o no— perduran en el tiempo. Se habla de "la Rusia eterna", del "alma rusa", y esto, que a veces se estima positivo, tiene un lado oscuro, un lado que también puede llegar a considerarse como eterno e inamovible.

Pero también hay que comprender cómo ha sido la percepción propia de la rusofobia a lo largo del tiempo, es decir, si los rusos —como sociedad— se han sentido agredidos o afectados por ella. Esta es una cuestión difícil. Porque si en la prensa rusa se airean casos de rusofobia, ¿significa esto que son reales o que su cantidad y calidad pueda dar lugar a hablar de una xenofobia real, profunda y constante? Incluso si esto no fuera así, pero la sociedad rusa se siente afectada por este supuesto odio o desprecio, ¿no cabría entender que hay causas para ello y que habría que examinarlas? Por supuesto, esto nos lleva a intentar comprender mejor las formas en las que se construyó históricamente la sociedad rusa, cuáles son sus complejos compartidos y las debilidades de sus imágenes de la nación propia y del lugar de esta en el mundo. Quizá ahí radique el origen de ese sentimiento que muchos rusos parecen poseer de no ser queridos, de ser minusvalorados o despreciados. De que no se les tome en serio.

Se puede comparar con el antiamericanismo, quizá uno de los odios xenófobos más consolidades en el globo. La percepción que los norteamericanos tienen de ese odio externo es, claramente, escasa. O, al menos, no juega un papel importante en su concepción del país ni en la

imagen propia. A cambio, el antiamericanismo interno —los enemigos interiores del país— sí que ha sido vital para las confrontaciones dentro de la política norteamericana. Esto nos habla de que la imagen propia de la nación en Estados Unidos no incluye para nada la dependencia de una imagen exterior, de cómo les ven los otros, mientras que en Rusia esto parece haber sido desde antiguo parte de su idea de nación o sociedad.

Este libro se despliega, pues, en torno a dos ejes temáticos principales: por un lado, describe la forma en que los prejuicios y estereotipos negativos en Europa y América han construido la visión de Rusia que se tiene del país y, por otro, escruta el uso y el abuso que del concepto de rusofobia han hecho tanto el nacionalismo como el Estado rusos a lo largo del tiempo. Porque, como se ha visto, durante la época de gobierno de Vladímir Putin, la acusación de rusofobia se ha venido utilizando para marcar a todo aquel que se opusiera a las líneas maestras de su liderazgo, dentro y fuera del país. Rusófobo era el papa Francisco cuando pedía mediar en la guerra de Ucrania, y rusófobo el presidente español Pedro Sánchez cuando prometía armas y tanques a los ucranianos. Las acusaciones a Rusia de intervenir en el proceso independentista catalán eran rusofobia, y la expulsión de gimnastas rusos dopados de las competiciones internacionales, también.

Pero como se ha dicho, la rusofobia puede ser real. Y puede tener su causa en toda una serie de factores que pueden ser, por ejemplo, producto de relaciones históricas conflictivas: Hungría era —hasta el Gobierno de Orban— un país extraordinariamente rusófobo debido a las diversas intervenciones de los zares contra los movimientos de independencia en el siglo XIX y por las dos invasiones del siglo XX, en 1944 y 1953. Durante la Guerra Fría, el peligro de conflicto nuclear llevó a convertir a "los rusos" en el enemigo público número uno de Estados Unidos. En los últimos tiempos, la guerra de Ucrania, las acusaciones de interferencia en las elecciones norteamericanas, el presunto uso de *fake news,* de las fábricas de *bots*, de la extensa propaganda y la desinformación, han conducido a que los sentimientos de rechazo contra el país hayan crecido.

Tras el comienzo de los cambios en la Unión Soviética a mediados de los años ochenta y después del colapso en 1991, podríamos pensar que la rusofobia tendría que haber desaparecido. No fue así. Por un lado, la revolución conservadora de Vladímir Putin, que comenzó con su primera presidencia en el año 2000, también atrajo, por otro lado, a las nuevas derechas y ultraderechas globales que se estaban formando y las alejó de su rusofobia habitual en la época soviética. Pero por otro lado, los estereotipos en torno a las mafias "rusas" y las bellezas surgidas del frío, transformaron la idea de Rusia, abundando en el cliché de la brutalidad y la sexualización. Otro tipo de prejuicios y de estereotipos se crearon en esa época, a través de la cultura popular, el cine y la televisión. O por medio de un contacto más directo: los miles y miles de rusos veraneando en la Costa Brava.

## LA SELVA DE LOS ESTEREOTIPOS

¿Se inician las guerras por odio? En general, no. Las guerras son demasiado costosas y complejas de preparar como para que surjan por un estallido emocional. Las guerras las inicia el interés de unos, las ideas de otros, las percepciones erróneas de casi todos. Los planes hacia el futuro de quienes las diseñan. Luego, para que sigan funcionando y continúen sin desfondarse, hay que buscar combustible, leña que echar al fuego. Y es entonces cuando se construyen los odios, siguiendo estrategias que quizá ya existieran antes, usando odres nuevos para el vino viejo o cimentando imágenes de un contrario que se convierte en enemigo. Cuando estalla una guerra, los prejuicios y los estereotipos se ponen a su servicio, organizan el espacio, gestionan la indignación, cargan los fusiles y las conciencias.

La guerra de Ucrania inaugurada por la invasión rusa en 2022 ya había empezado antes. No ha sido el odio, sino un plan, quien la ha iniciado. Pero la emoción negativa, el odio, la ha acompañado todo el tiempo. El

estereotipo del ucraniano nazi; el del ruso brutal y violador. Imágenes que han sido creadas a lo largo del tiempo, con la misión de legalizar, legitimar y reforzar los odios.

En los últimos años, la rusofobia —en el sentido nuevo empleado por el régimen de Putin— ha continuado sobre todo impulsada por las tensiones políticas entre Rusia y lo que en Rusia se ha comenzado a llamar el "Occidente colectivo", un concepto de clara utilidad política interna que aúna y homogeniza a Estados Unidos y Europa en un enemigo común, que conspira unido. Las acusaciones de interferencia en las elecciones de diversos países, la anexión de Crimea, la violenta intervención en el conflicto en Siria y las continuas violaciones de los derechos humanos son algunos de los temas que han alimentado la rusofobia en la opinión pública. Oleg Nemenski, un propagandista nacionalista ruso distingue entre la rusofobia "cotidiana" (*bytovaia*) e "ideológica" (*ideologicheskaia*). Aquella podría identificarse con la xenofobia contra los rusos, en forma muy similar a otros odios nacionales o étnicos. La rusofobia ideológica sería la que surge de las diferencias entre sistemas de valores, tipos de gobierno antagónicos y de estrategias geopolíticas y económicas enfrentadas. Las diferencias entre países pueden resolverse de muchas formas —mediante guerras, rivalidades, negociaciones o cooperación—, pero son los prejuicios culturales e históricos, las imágenes del otro, los que a menudo concitan reacciones de la opinión pública e influyen o determinan la acción de los diplomáticos o de los políticos. Una construcción sistemática y duradera de determinados prejuicios o estereotipos negativos pueden llevar a ese tipo de fobia contra un otro definido como tal según aspectos muy diversos.

Se puede decir que los estereotipos son inevitables, aunque no asumibles. La categorización, la clasificación y la tipificación son procesos cognitivos necesarios en la construcción de la percepción del mundo. La generalización sirve para orientarse en un mundo complejo, abre caminos a la acción. Pero la generalización contiene un elemento de

racionalidad: cambia al enfrentarse a la realidad y es posible contrastarla con hechos. Sin embargo, el estereotipo es otra cosa: una conceptualización que esencializa una presunta diferencia, la convierte en natural y dada, y, por lo tanto, la fija como algo irrevocable. Y están cargados de emocionalidad, puesto que, de hecho, la transmisión de la emocionalidad parece ser la función primaria del estereotipo. Por ello, los estereotipos tienen una resistencia al cambio bastante elevada, más allá de las verdaderas percepciones. Pero dado que "todo concepto también representa una ayuda de orientación generalizadora o abstraccionista", es necesario ir más allá y precisar más: "Los estereotipos designan a un grupo o a unas personas como miembros de un grupo y siempre contienen tres elementos: 1) una percepción, 2) una atribución de valor y 3) una connotación emocional dominante" (Hahn, 2013: 64). Es decir, el estereotipo se enfoca siempre sobre un colectivo étnico o cultural, del que se tiene una determinada visión negativa o positiva, y la expresión lingüística del mismo produce emociones de algún tipo. Esta es la importancia del estereotipo porque, más allá de la pura generalización, la carga emocional mueve a actuar sobre la realidad.

Pero los rasgos aplicados por el estereotipo pueden variar su consideración dependiendo de quién los use. Un ejemplo claro es el consumo excesivo de alcohol, que se considera en Europa uno de los rasgos negativos característicos de los rusos. Sin embargo, el presentador de un programa infantil de la televisión rusa era capaz de decir en plena emisión que "vivir en Rusia y no beber es antipatriota, antinacional y antinatural", elevando así la embriaguez a rasgo positivo de la nacionalidad (Margolina, 2004). Y en el bagaje de la rusofilia y al afecto por el país eslavo, la consideración del ruso como alegre bebedor que baila canciones tradicionales con simpatía cuando está borracho —fíjese en que se trata siempre de una imagen masculina— no es precisamente un rasgo odioso, sino todo lo contrario.

Hay que hacer un esfuerzo por olvidar lo aprendido: aunque hubiera estereotipos y prejuicios sobre Rusia —como sobre cada "pueblo"—, no

existía una noción de diferencia geográfica o nacional en el sentido actual. En el Antiguo Régimen, ya en la villa o ciudad siguiente a la nuestra todo era ajeno y enemigo, las rivalidades entre lugares muy cercanos creaban animosidades y estereotipos. La conciencia de pertenecer a una monarquía, bajo un rey o reina, no implicaba la idea de una conexión nacional con otros súbditos de ella, a no ser en situaciones bélicas o de invasión. Pero tampoco siempre: se podía elegir otro soberano sin que se sintiera traición a ninguna soberanía conjunta o común. La principal diferencia era la religiosa, que marcaba susceptibilidades y animosidades mucho mayores y conducía a pogromos y revueltas étnicas.

Existían, eso sí, catálogos de estereotipos tradicionales que atribuían determinadas cualidades a los pueblos o etnias de las que se tenía noticia. Se recogían a veces listas descriptivas de etnias —españoles, holandeses, alemanes, polacos, rusos, turcos, griegos…—, a menudo muy elaboradas y sistematizadas, pero que no eran en origen más que trabajos eruditos de recopilación de imaginaciones folclóricas o ideas comunes. Hubo modas de pintar o imprimir esos catálogos, lo que sin duda contribuyó a su popularización. También la literatura —ya desde la antigüedad— contribuyó a cimentar algunas ideas sobre los orgullosos y bravos castellanos o españoles o los despóticos y bárbaros escitas o rusos. Pero esas imágenes cambiaban tan a menudo que resulta difícil considerarlas estereotipos fijos. Por tanto, para comprender la rusofobia debemos ir más allá de los meros prejuicios y examinar la forma en que se modeló a lo largo del tiempo la imagen de Rusia.

## EL OSO RUSO

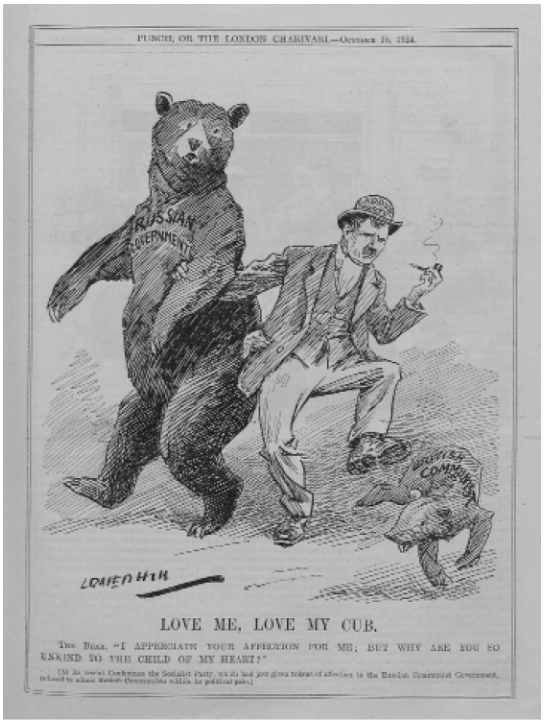
Una de las principales imágenes usadas para personificar a Rusia ha sido la del oso. No hay apenas tradición histórica en las cotas de armas ni los escudos rusos de osos como parte de la heráldica ni de la simbología del

país. Parece ser que la imagen de este animal comenzó a ser aplicada a Rusia por los occidentales porque, en los mapas medievales, el vasto territorio ruso estaba salpicado de osos dibujados y de la leyenda "aquí hay osos". A partir de ahí se creó la idea de que el territorio estaba ocupado por osos y que estos estaban por doquier. Durante la Edad Media y Moderna —de hecho, hasta la conquista de Ucrania, cuando la exportación de cereales tomó el relevo—, el comercio de pieles era uno de los principales medios de vida en Rusia. Esto hacía que el país fuera imaginado como un lugar medio salvaje, repleto de fieras —osos— y en el que sus habitantes vestían a menudo pieles de animales. Poco a poco se formó la idea de que en Rusia "los osos andaban por las calles" (Riabov y Lazari, 2012).

Parece ser que la primera mención del "oso ruso" está en un texto de Shakespeare, pero, en definitiva, hasta el siglo XIX no hay constancia de que la metáfora fuera utilizada con asiduidad. Para entonces, esa imagen ya había sido usada por filósofos, pensadores y escritores europeos, desde Víctor Hugo a Karl Marx, pasando por Heinrich Heine. También por artistas, como Doré, Daumier o Tenniel, que ilustraban textos, publicaban caricaturas en revistas o hacían litografías que representaban a Rusia como a un oso, generalmente en contextos satíricos o negativos. La metáfora del oso era ya un símbolo político construido desde el exterior. Pero, hay que recalcarlo, se trataba de una adscripción desde fuera: solo con el tiempo comenzaron los propios rusos a aceptarlo y a transformarlo según sus necesidades hasta convertirlo en alegoría de algunos de los aspectos positivos que se le daba al país. Así, un osezno se convirtió en la mascota de los juegos olímpicos de Moscú en 1980 o un oso en marcha fue elegido como el símbolo del partido político de Vladímir Putin.

Porque, para los extranjeros, el oso significaba barbarismo, salvajismo, retraso cultural; significaba la deshumanización de los rusos, arrastrándolos al reino animal y dejándolos como algo fuera de lo europeo, de lo civilizado. Los rusos, sin embargo, hicieron del oso una figura que simbolizaba la fuerza, la naturaleza, el poder. A Rusia había

que temerla como se teme a un oso. Su uso en Rusia se convirtió en reflejo de los crecientes sentimientos antioccidentales y aislacionistas, exacerbados por la propaganda.




**"Quiéreme, quiéreme, mi osezno.**
**El oso: 'Aprecio su afecto por mí; pero ¿por qué es tan poco amable con el hijo de mi corazón?'.**
**[En su reciente Conferencia, el Partido Socialista, que acababa de dar muestras de afecto al Gobierno comunista ruso, se negó a admitir a los comunistas británicos en su seno político]".**
**[Inscripciones en el dibujo: Partido Laborista; Gobierno ruso; comunista británico.]**
**Fuente: Europeana, https://tinyurl.com/2ny4wu3l.**

La metáfora del oso ha tenido un uso indudable dentro de la política internacional. Para muchos occidentales implicaba un esencialismo eterno, en el que las tensiones con Rusia son insuperables —si al cabo son osos, ¿qué se va a consensuar?—. Al mismo tiempo, sirve para homogeneizar a los rusos y los hace responsables colectivamente de los errores de la política exterior e incluso de la situación autoritaria en el interior. Es la forma de deshumanizar a las personas, de borrar el rostro humano de los rusos.

CAPÍTULO 2
# RUSOFOBIA EN SUS ORÍGENES

En general, se puede decir que la rusofobia como ideología surgió del comienzo de la intervención de Moscovia, luego Rusia, en la política europea. Rusia fue, desde el primer momento en que tuvo un cierto poder, uno más de los países que desarrollaron su política exterior en el campo de juego del continente, podríamos decir que sin complejos. Sin embargo, para muchos europeos, Rusia representaba un reino advenedizo, sin tradición, al que costaba identificar, misterioso. Que su acción exterior se interpusiera entre las de las otras potencias producía siempre una cierta incomodidad. Aunque participara en las alianzas y las guerras, su presencia, hasta muy tarde, resultaba un tanto ajena. Este era material de primera para crear prejuicios.

## LA FIGURA DEL ZAR CRUEL

Aunque hay precedentes de enfrentamientos de Estados eslavos con Europa (por ejemplo, las cruzadas contra Nóvgorod y Pskov en 1217-1218 y 1238-1242), lo cierto es que el Estado ruso, del que es heredero más o menos directo el actual, surgió con la centralización y consolidación del principado de Moscú a manos de Iván el Terrible (*Grozny*, el amenazador, el que infunde respeto, 1530-1584). El dominio de este, primero gran príncipe de Moscú y, luego, autonombrado como primer zar (césar, emperador) de todas las Rusias, significó el final del dominio tártaro sobre lo que luego sería el reino y más tarde el imperio de Rusia. Los años

posteriores a su muerte (los llamados "tiempos turbios") estuvieron a punto de suponer el final del Estado —con una sucesión de zares sin legitimidad, suplantadores, la ocupación polaca, la guerra civil—, pero las líneas maestras iniciadas por Iván IV se mantuvieron: eliminación del feudalismo y centralización del Estado, expansión territorial hacia Siberia y el sur y entrelazamiento de todo tipo con Europa —el propio Iván propuso matrimonio a Isabel I de Inglaterra—. Rusia, en su nacimiento, se forma y conforma como parte del continente, en lucha pero también en colaboración y comercio con el resto de reinos de la cristiandad.

Fueron también esos los primeros momentos de expansión moscovita por las fronteras de la Europa católica y protestante, porque Iván conquistó —aunque luego perdió— Livonia (región histórica que comprende las Estonia y Letonia actuales) y ganó el acceso al Báltico para su reino por vez primera. La entrada de aquellos territorios alejados del núcleo de la cristiandad en las rencillas y disputas fronterizas de Europa dio principio a los primeros estereotipos negativos contra el nuevo Estado moscovita. De pronto, desde un territorio que no estaba en los mapas mentales europeos, avanzaban ejércitos que invadían, ocupaban y saqueaban y estaban a la altura militar y política de la Orden Teutónica, del reino de Polonia-Lituania o el naciente Imperio sueco. Era evidente que el encuentro con los ejércitos de Iván IV permitía crear la figura del agresor, contrincante o enemigo, una figura a la que se podía cargar de significados negativos, que integraba la estructura ideológica de deslegitimación del oponente.

**Retrato del zar Iván el Terrible.**
**Fuente: https://tinyurl.com/2fnpoh37.**

Las descripciones de Iván IV como tirano y de los moscovitas como bárbaros aparecieron primero en ciertos panfletos en alemán publicados durante la guerra de Livonia. En realidad, eran poco más que proyecciones sobre el discurso antimoscovita de la propaganda contra los turcos, habitual en la Europa del momento, y no aportaban información real sobre la verdadera historia del reinado —independientemente de la realidad de la crueldad y violencia del primer zar ruso—. Las mismas imágenes y lugares comunes que se habían creado para deslegitimar a los turcos se trasladaron ahora —a veces directamente— a las acusaciones contra los moscovitas. A la creación de esta imagen negativa se le añadieron las crónicas escritas en la propia Livonia por las víctimas de las invasiones y los relatos de viajes de desertores alemanes que habían servido bajo Iván IV pero que huyeron de Moscovia y usaron sus propias experiencias para denunciarle como tirano (Kappeler, 1972). Más allá de que los hechos fueran ciertos o no, estos panfletos formaban parte de

guerras de propaganda que todos los Estados han llevado a cabo para perjudicar a sus enemigos. Conviene, sin embargo, tener en cuenta la pervivencia y permanencia de tales discursos a lo largo del tiempo y las razones de ello. El origen de estas descripciones de atrocidades está en que tanto los panfletos antimoscovitas como los antiturcos —que reflejaban también la islamofobia de la época— eran armas de propaganda para el emperador del Sacro Imperio que le servían para justificar la imposición fiscal con el objetivo de obtener recursos para las operaciones militares. De hecho, la historiadora Cornelia Soldat muestra en sus trabajos como estos panfletos se usaban en la Dieta Imperial como fuente para hablar del mal moscovita (Soldat, 2013). Las representaciones visuales de muchos de estos escritos muestran de forma casi pornográfica imágenes de torturas, violaciones, empalamientos, mutilaciones y asesinatos, muchas veces de mujeres desnudas y mancilladas, de niños o ancianos.

Pero es precisamente la larga duración de estos estereotipos lo que nos obliga a pensar en la reutilización de estas imágenes a través de la creación de la ideología rusofóbica, que ha tenido un uso político a lo largo del tiempo. Precisamente porque los Estados sucesores de Moscovia —el Imperio ruso, la Unión Soviética y la Federación Rusa— han continuado siendo rivales de otras potencias europeas, los estereotipos han perdurado y se han reafirmado cada vez que el Estado posmoscovita de turno alcanzaba alguna hegemonía.

Los prejuicios que se describían en aquellas obras, sin embargo, se mantenían en los niveles del Antiguo Régimen: caracterizaciones generales, no siempre desventajosas, volubles, y que solo impregnaban a ciertas élites que podían leer y escribir: la clerecía, los eruditos y la nobleza. Esto lo muestran por ejemplo las crónicas livonias que, junto a la descripción de atrocidades, muestran también comportamientos nobles y decentes de los moscovitas, algo muy habitual en las narraciones históricas medievales que no veían plausible una negatividad absoluta del oponente. Los estereotipos también se personalizaban en personajes

importantes a los que se investía de atributos que, a veces, se trasladaban a los pueblos. Es el caso precisamente de Iván el Terrible, cuyas crueldades y paranoias le convirtieron en personaje característico, conocido por ello en Europa. El mito de su barbarie contaminó durante mucho tiempo la percepción que de Rusia se tenía y sembró la semilla de los rasgos negativos que se le asumen. Algo similar, por ejemplo, a la Corona española de Felipe II, que, en la propaganda de la época, asumió los rasgos austeros, duros y fanáticos que presuntamente caracterizaban al monarca.

Iván el Terrible ordena torturar a sus enemigos durante las guerras livonias. Anónimo.

También formaba parte importante de la construcción de los prejuicios el hecho de que las religiones predominantes estaban enfrentadas. La Iglesia griega y la latina se separaron a partir del siglo XI, a causa de diferencias doctrinales, culturales y, por supuesto, geopolíticas. Las cruzadas y el dominio temporal latino sobre partes de los Santos Lugares, así como el saqueo de Constantinopla (1204), llevaron el conflicto a su mayor auge. Las dos Iglesias se mantuvieron siempre como adversarias y a menudo como enemigas. La rivalidad religiosa en las fronteras de Europa —entre Polonia, Lituania, Ucrania, Armenia, Georgia, pero también las minorías judías y musulmanas— crearon estereotipos mutuos, generalmente negativos. Con la eliminación de los judíos durante el Holocausto, la desaparición de las comunidades alemanas protestantes,

la integración de las minorías musulmanas fronterizas —no los tártaros del interior del imperio, claro— y la estabilización de Estados tras la Segunda Guerra Mundial, los enconos religiosos disminuyeron, aunque los prejuicios no desaparecieran. El intento, durante el Concilio Vaticano II, de superar la división de la Iglesia oriental y la occidental (con la supresión de la excomunión mutua que databa de 1054) no tuvo éxito. Sobre todo, porque la Iglesia ortodoxa tenía miedo de una posible expansión occidental a partir del hundimiento de la Unión Soviética. Fue entonces cuando una gran cantidad de sectas y nuevas religiones llegaron a Rusia, incrementando la resistencia de los patriarcas contra una unión de las Iglesias. Aunque el ecumenismo de Roma era a todas luces sincero, los orientales se sentían retados. De hecho, los prejuicios crecieron, las enemistades se consolidaron y los odios se cimentaron. La Iglesia ortodoxa rusa se sintió también acosada por la progresiva separación de la Iglesia ucraniana, que a consecuencia de la toma de partido del patriarca Kirill por Rusia en el conflicto que enfrenta a los dos países desde 2014 se fue alejando hasta la definitiva ruptura en 2022.

## EL ESTEREOTIPO NEGATIVO DE 'EUROPA ORIENTAL'

En el origen de la rusofobia —como de la eslavofobia en general— está también la concepción de "Europa oriental", de "Europa del Este" Según Larry Wolff, "fue Europa occidental la que inventó Europa oriental como su otra mitad complementaria en el siglo XVIII, la época de la Ilustración" (Wolff, 1994). La "otra Europa" era lo contrario de la civilización que querían crear los ilustrados, era su contrario, lo que les permitía construir su identidad. Pero aunque se trata de un concepto al que contribuyó en gran medida la Ilustración francesa, lo cierto es que fue sobre todo el siglo XIX, con el surgimiento de la idea del Estado-nación, cuando fraguó la idea de "Europa del Este". Hasta entonces, la

división principal en Europa había sido Norte-Sur, con el Mediterráneo como cuna de la cultura y la civilización. "Europa del Este" no existía antes como tal, y su imagen y su idea se fueron formando hasta llegar a la concepción que ahora tenemos de ella y como la entendemos. Los ilustrados franceses se imaginaron determinadas partes del continente como lo opuesto a su idea de la civilización y de las Luces, un extenso espacio salvaje, alejado de la cultura y la ley. La barbarie que ellos combatían en Francia, se alojaba también —luego sería "sobre todo"— fuera de ella. Este estereotipo se iría construyendo a lo largo del tiempo utilizando materiales más antiguos, incluyendo, por supuesto, en el caso de Rusia, las imágenes sobre Moscovia e Iván el Terrible que ya hemos visto.

Hubo algunos ilustrados, como Voltaire, a los que, en especial durante el reinado de Catalina II, Rusia les parecía, precisamente por su barbarie y oscurantismo, un libro en blanco sobre el que escribir la nueva civilización que soñaba la Razón. El reinado de Pedro I El Grande se consideró en Francia como la época de *le mirage russe* (el espejismo ruso / el milagro ruso). Voltaire, que fue admitido como miembro de honor de la Academia Rusa de Ciencias y nombrado historiador del Imperio ruso en 1746, sentía un enorme interés por el país: incluso mantenía correspondencia con la que era entonces consorte del príncipe y luego emperatriz, Catalina. Influido por la zarina Isabel, nieta de Pedro I, Voltaire escribió la historia de Pedro el Grande, un libro en el que convertía al emperador en una especie de avanzado de la Ilustración, y al que calificaba de *souverain civilisateur*. Con Catalina II y sus reformas europeizantes, Voltaire se convirtió en un apoyo innegable de la zarina a la hora de influir y orientar a la opinión pública europea de la época hacia una consideración positiva de ella, su gobierno y de la propia Rusia. Sin embargo, el estallido de la Revolución francesa llevaría a Catalina a abandonar las reformas y a apretar las tuercas de la centralización y la represión durante la última época de su reinado (Gorbatov, 2007).

La mirada a Rusia como un territorio aún no del todo "civilizado" no

era algo, por tanto, necesariamente negativo. Permitía —como la imagen de la salvaje para América del Norte, el continente de las oportunidades — la posibilidad de llenar de contenido un espacio que no estaba deformado por los errores de la Vieja Europa. Esa percepción —la de Rusia como una alternativa a la "podrida" civilización occidental— también continuó a lo largo del tiempo, influyendo en la recepción de la Revolución rusa y de las transformaciones estalinistas. Se mantuvo esta idea, sin embargo, como algo relativamente marginal, como una de las formas de mirar al Este, pero que no conquistó —excepto en ciertos momentos— los corazones y las cabezas de los europeos.

Para los ilustrados, la elevación moral por la educación era una cuestión general, a la que todos podían acceder sin distinciones de raza ni lengua. Sin embargo, los ilustrados también comenzaron a clasificar los territorios añadiendo determinados valores históricos y morales a su descripción física y cultural, valores que extendían también a sus habitantes. La idea de que existían en la historia estadios de evolución y de progreso —de la barbarie a la Ilustración— dejaba margen a etiquetar a grupos extensos como inferiores en su cultura. Eso sí, solo temporalmente y hasta que las Luces les llegaran. La crítica negativa, por tanto, era en origen racional, que daba poco juego a estereotipos racistas —aunque tenía potencial para ello—. Si Rusia todavía era bárbara, la acción de monarcas ilustrados como Pedro el Grande o Catalina II podía cambiar ese estadio de evolución hacia uno mejor.

La construcción de la idea de una "Europa oriental" o de una "Rusia" que tuviera una connotación negativa esencial e inmutable, solo surgió con la progresiva nacionalización de las conciencias durante el siglo XIX. De la crítica moral de los ilustrados, que sometía todo el saber a revisión, sin importar la procedencia, se llegó a imágenes negativas preconcebidas e impulsadas por la construcción de la idea de la nación, que suponía ajeno —cuando no enemigo— a lo que estaba al otro lado de la frontera. Las mismas fronteras pasaron de ser espacios difusos, amplios, que unían territorios, a constituir líneas imaginadas —pero efectivas— que

separaban pueblos (Struck, 2004). A partir del romanticismo y el nacionalismo, Rusia se convertía en *un otro* al que había que contemplar como a un potencial enemigo. Esto no era solo privativo de Rusia, sino que se extendía a toda "nación" que no fuera la propia.

El desarrollo de las teorías racistas y de las clasificaciones etnológicas y antropológicas y la aplicación de la teoría de la evolución a las sociedades llevó a que a determinados *ethnos* se les aplicaran determinadas características innatas. Por ejemplo, los españoles o los italianos eran menos evolucionados (inferiores, por tanto) porque el calor del sur les volvía perezosos y les impedía progresar por sí mismos. Otros, como los africanos, estaban en una etapa de infancia antropológica y tenían que ser tutelados. A los "rusos" —como quiera que se definiera a los múltiples habitantes del vasto imperio— se les contagió la misma dureza y frialdad de su clima y la fiereza y brutalidad de su naturaleza. El mismo uso de la palabra "oriental" para referirse a esta parte de Europa la separaba de Occidente y la acercaba a los tradicionales prejuicios acerca del Lejano Oriente. Mongoles, tártaros y otros enemigos que venían del Este se travestían ahora en rusos.

## RUSIA Y ASIA

Existe en ruso —aunque no solo— la vieja expresión "rasca a un ruso y encontrarás un tártaro" (Halperin, 2018). El filósofo y místico ultranacionalista Aleksander Dugin ha criticado este refrán como un "mito rusófobo pseudohistórico", que afirma que es fácil de desmentir, ya que los análisis genéticos han mostrado "escaso rastro de genes mongoles o tártaros entre los rusos y un predominio de tipo genético eslavo-ario" (Dugin, 2013: 45). La preocupación de muchos rusos por no ser puestos en el mismo carro que lo "asiático" refleja el prejuicio histórico de que Asia es, de alguna manera, "peor" que Europa —por "crueldad", "autocracia", "pobreza" o "atraso"—. Cuando los enemigos de Rusia la

acercan a Asia, en realidad lo que están diciendo es que el país está teñido de los mismos rasgos negativos que esos asiáticos supuestamente poseen. Esto ha funcionado a lo largo del tiempo de dos formas: como ataque a la cultura y la sociedad rusa por parte de quienes son hostiles al país, pero también como estrategia de los propios rusos, que se resisten a ser "asiáticos", de reafirmar una "europeidad" a veces de forma muy contundente.

En realidad, si lo examinamos seriamente, hasta la invasión mongola lo que existe es Ucrania —la Rus de Kiev—. Será esta invasión la que desintegrará definitivamente el principado de la Rus de paso contribuirá a crear al cabo del tiempo otro centro de poder, el moscovita, que será, este sí, el origen de la Rusia moderna. Ucrania —utilizo la palabra conscientemente de forma anacrónica— llegará a su fin como Estado y dará paso a Rusia como organismo estatal surgido del vasallaje, el conflicto y la resistencia a los mongoles. Asia y Rusia estarán, pues, unidas desde el propio nacimiento de la nación. No es posible —ni deseable— negar el evidente sello asiático de la cultura rusa y su deuda con las grandes civilizaciones de las estepas. Lo que hay que considerar es que Asia era, hasta principios del siglo XIX, el continente más rico, poblado y avanzado del mundo. No es, por tanto, un signo de barbarie que las conexiones rusas con Asia hayan sido tan profundas y duraderas, sino que ese aspecto de "retraso" le fue concedido cuando, a partir del siglo XIX, se identificó a "Europa" (occidental) con el progreso y la civilización.

Y, de hecho, el rechazo de Rusia por "asiática" ha llevado a veces a la reacción contraria: a afirmar los lazos de Rusia con Asia como algo positivo. En la Federación Rusa, la primera mitad de los noventa supuso una época de rápido crecimiento en la popularidad del concepto de "eurasianismo". Esta ideología, impulsada sobre todo en el periodo de entreguerras, proclamaba que Rusia no era ni Europa ni Asia, sino una civilización propia, que ocupaba un espacio propio, fuera de las otras dos grandes civilizaciones. En realidad, este eurasianismo era demasiado

abstracto, esotérico y abstruso como para convertirse en un fenómeno de masas y se limitó a aportar una cierta conciencia de la ambigüedad de la construcción identitaria rusa entre Este y Oeste. Sin embargo, la convicción de que Rusia no es ni Europa ni Asia y de que, por tanto, precisa de una solución propia y de un *Sonderweg*, un camino propio, se ha extendido en la sociedad rusa de forma muy amplia (Faraldo, 2020).

Pero dado que los neoeurasianistas organizados desde los años noventa conectaban su *tercera vía* con el fascismo del período de entreguerras, sus posibilidades de popularidad eran tan solo marginales. El intelectual ruso más prominente de este movimiento fue el ya citado Aleksander Dugin, combativo ideólogo, a veces muy cercano al Kremlin y creador del Movimiento Eurasiático Internacional. Su figura ha sido reclamada por buena parte de la ultraderecha y el nacional-populismo europeos, en especial en Alemania y Francia, con posterioridad a la crisis económica de 2008. En el mundo occidental se hizo conocido cuando, en 2022, su hija, Daria Dugina, otra propagandista nacionalista, murió en un atentado que, a todas luces, iba dirigido contra él.

Sin embargo, a lo largo de los últimos siglos, la identificación con Asia ha sido perjudicial y prejudicial para los rusos. Asia era, en las imaginaciones xenófobas, el continente de los "taimados y astutos chinos", cuyos antepasados habían invadido Europa desde el Este (en la literatura popular de las décadas de 1920 y 1930 se habló mucho de "el peligro amarillo"). Y estaban los japoneses, "guerreros amarillos" que habían comenzado a avanzar hacia Estados Unidos en una guerra en la que hasta el propio ciudadano de origen asiático era un enemigo y había que encerrarlo en campos de concentración, como en 1941. La crueldad era cualidad asiática; la brutalidad, también. O bien Asia estaba representada por una civilización muy antigua pero peligrosa y oscura —China— o bien por la brutalidad medieval y sin freno de los mongoles. Esas mismas cualidades se aplicaban a Rusia al considerarla parte de Asia. Si África comenzaba en los Pirineos, Asia se iniciaba al otro lado del río Elba o, todo lo más, en la frontera polaca con los territorios de la

Rus Blanca. El prejuicio asiático impregna todavía hoy la valoración xenófoba de Rusia.

## EL ORIGEN DEL PREJUICIO EN UCRANIA Y POLONIA

Ciertamente, las victorias de Pedro I y su capacidad para llevar Rusia hasta el Báltico y reducir a cenizas el poderío sueco, habían hecho que Inglaterra se fijara en el orgulloso nuevo reino que ya no se contentaba con quedarse a la orilla de Europa. La época petrina estableció las líneas maestras de la expansión de Rusia: conquista militar de territorios, fundación de ciudades y colonización, trasvase de poblaciones, defensa a ultranza de las fronteras. Esto creó en las capitales europeas un desasosiego evidente, reflejado en la búsqueda de alianzas para aislar al poderoso advenedizo. Solo Prusia, un Estado relativamente pequeño, también extraño en el concurso europeo de potencias, estaba dispuesta a aliarse con Rusia, aunque manteniendo siempre la condición de socio menor y un tanto renuente. La ambigua relación de Alemania con Rusia, un amor-odio que ha llevado a una cierta rusofilia evidente, comenzó ya con esta alianza entre Prusia y Rusia.

Con Pedro I se produjo la primera invasión de territorios ucranianos y el comienzo del avance hacia el suroeste. Esto tendría consecuencias muy profundas para el desarrollo de la historia común ruso-polaco-ucraniana. En 1648, los cosacos ucranianos, bajo el mando del *hetman* Bogdan Jmelnitski, se alzaron contra la Mancomunidad de Polonia-Lituania, con el objetivo primero de reafirmar su autonomía y consolidar su lugar frente a la nobleza polaca, y luego con la idea de una posible independencia de las tierras cosacas. Los cosacos eran un vasto pueblo formado por soldados libres que habían colonizado las fronteras de la República polaca y que, ante la dejadez de la Corona, habían desarrollado una cultura libertaria, nómada y corsaria. Eran, pues, muy sensibles ante

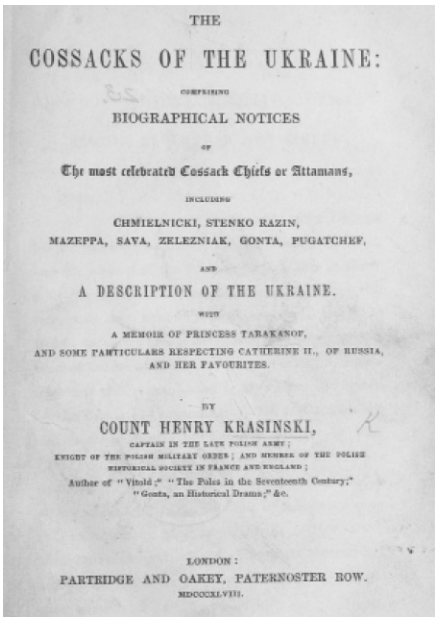
cualquier recorte de libertades.

Ante la imposibilidad de vencer solos a los polacos, los cosacos pidieron ayuda al zar ruso, Alejo I, que intervino en su apoyo y firmó con ellos el tratado de Pereslav, donde se ponían bajo su autoridad. Los cosacos pretendían mantener sus libertades, pero este fue el primer paso para que Rusia se anexionara los territorios, se destruyera la autonomía cosaca y se extendiera la servidumbre sobre toda la Ucrania oriental. Aunque durante el reinado de Isabel I hubo un intento de mantener e incluso de incrementar la autonomía, la llegada de Catalina II con su proyecto absolutista de eliminación de particularidades y de incremento del poder unívoco llevó a la total desaparición de los últimos restos de los derechos cosacos. De este modo, la idea de las libertades ucranianas perdidas persistió y, cuando llegó la época de los nacionalismos, insufló en el naciente nacionalismo ucraniano una rusofobia muy comprensible.

Precisamente la asunción por parte de Iván el Terrible del título de "Todas las Rusias", haciendo referencia al antiguo principado de la Rus, que, en la alta Edad Media, surgiendo de Nóvgorod, se trasladó a Kiev (en el año 882 d. C.) y se convirtió en un poderoso Estado hasta su destrucción por los mongoles en el siglo XIII, llevó al origen del mito de Rusia como continuidad de la Rus de Kiev. Todos los nacionalistas ucranianos, rusos y bielorrusos desde el siglo XIX fueron construyendo el mito de la "Rus de Kiev" o el "antiguo Estado ruso" como el origen de sus naciones, pero la genealogía imaginaria de Rus como Rusia ya estaba en Iván. Eso permitió que, cuando a partir de mediados del siglo XVII, el Estado moscovita conquistara la capital ucraniana —entonces parte de la República de Polonia-Lituania— y extendiera sus dominios hasta el mar Negro, la leyenda de la Rus de Kiev y de su continuidad a través de los zares de Rusia sirviera para legitimar la unión de los territorios. Los ucranianos, su idioma, su cultura, su herencia histórica no eran, para los nacionalistas rusos, otra cosa más que fragmentos de un cuadro mucho más grande, el de una Rusia que había sido debilitada por luchas intestinas y, por ello, luego agredida y conquistada por los mongoles,

sometida al domino tártaro y luego al polaco-lituano. El idioma ucraniano —todavía hoy— es para muchos rusos apenas una forma pervertida de hablar ruso, un dialecto que no tiene sentido de existir. Quienes lo hablan, lo hacen como forma de oponerse a los rusos, no porque sea un idioma que merezca la pena salvaguardar.

Esta circunstancia impulsó a los nacionalistas ucranianos —que en principio no eran ajenos al paneslavismo y la colaboración con los rusos — a separar ideológicamente las dos culturas. La única forma de sobrevivir a la absorción era rechazar esa supuesta herencia común y recrear una singularidad histórica que los alejara del Imperio de los zares. De este modo, Mijailo Hrushevski (1866-1934) y otros historiadores ucranianos comenzaron a fijar la imagen de Rusia como un ente ajeno, asiático, en comparación con los "rusinos" —ucranianos—, cuya mirada estaba puesta en la Europa a la que, desde sus fronteras, decían pertenecer.



THE

COSSACKS OF THE UKRAINE:

COMPRISING

BIOGRAPHICAL NOTICES

OF

The most celebrated Cossack Chiefs or Attamans,

INCLUDING

CHMIELNICKI, STENKO RAZIN,
MAZEPPA, SAVA, ZELEZNIAK, GONTA, PUGATCHEF,

AND

A DESCRIPTION OF THE UKRAINE.

WITH

A MEMOIR OF PRINCESS TARAKANOF,
AND SOME PARTICULARS RESPECTING CATHERINE II., OF RUSSIA,
AND HER FAVOURITES.

BY

COUNT HENRY KRASINSKI,

CAPTAIN IN THE LATE POLISH ARMY;
KNIGHT OF THE POLISH MILITARY ORDER; AND MEMBER OF THE POLISH
HISTORICAL SOCIETY IN FRANCE AND ENGLAND;
Author of "Vitold;" "The Poles in the Seventeenth Century;"
"Gonta, an Historical Drama;" &c.

LONDON:
PARTRIDGE AND OAKEY, PATERNOSTER ROW.
MDCCCXLVIII.

**The Cossacks of the Ukraine: comprising biographical notices of the most celebrated chiefs or Attamans ... and a description of the Ukraine. With a Memoir of Princess Tarakanof [or rather of Elizaveta, calling herself Princess of Vladimir], and some particulars respecting Catherine II, of Russia, and her favourites, por el conde Henryk Krasinski, 1848.**
**Fuente: Europeana, https://tinyurl.com/2mh8ztkw.**

La sucesiva ocupación de Ucrania condujo también a la partición del

Reino de Polonia. Los continuos avances de Prusia, Rusia y Austria hacia los territorios de una república que se mostraba demasiado débil por el excesivo poder de la nobleza y la escasa capacidad decisoria del poder central, llevaron al país al borde de la destrucción. La primera partición en 1772 hizo que Polonia perdiera una gran cantidad de territorios, disgregados entre las tres potencias. Por esa razón hubo diversas iniciativas de los últimos reyes polacos para modernizar el país, que culminaron con la promulgación de la Constitución de 1791 bajo el rey Stanisław August Poniatowski (1732-1798). Se trató de la segunda (tras la de Estados Unidos) constitución liberal de la historia, con un esbozo de parlamentarismo democrático muy avanzado. La Rusia imperial no podía tolerar un país liberal, hijo en parte de la Revolución francesa, junto a sí e impulsó un nuevo reparto en 1793 que dejó al país con apenas un tercio de los habitantes que había tenido en 1772. Tras el levantamiento polaco dirigido por Tadeusz Kościuszko (1746-1817), las tres potencias decidieron que había que borrar Polonia del mapa y se repartieron el resto de territorios, obligando a abdicar al rey.

Todo esto hizo que en las fronteras de Rusian entrara varios millones de polacos, de los que una parte importante guardó memoria del agravio. El odio antirruso se comenzó a cultivar en las familias polacas junto con el recuerdo del pasado esplendor del país. Los sucesivos levantamientos polacos fueron ahogados con sangre una y otra vez por Rusia (también por Prusia y Austria-Hungría), el surgimiento de un nacionalismo moderno fue perseguido con saña, el catolicismo sufrió bajo el peso de la ortodoxia. Incluso el socialismo polaco tuvo siempre un componente nacionalista y antirruso, por mucho que Vladimir Ilich Uliánov, Lenin, el líder bolchevique, y Józef Piłsudski (1867-1935), el libertador de Polonia, compartieran partido durante años, cuando ambos pertenecían a la socialdemocracia del Imperio ruso.

Mientras la opinión pública liberal en Europa clamaba por la "cuestión polaca", las potencias habían condenado a Polonia a la inexistencia, confabulándose incluso por escrito para hacer desaparecer su nombre

mismo. Que en la partición rusa los polacos disfrutaran de menor grado de libertades que en Prusia y, sobre todo, que en Austria-Hungría, influyó sin duda para que "lo ruso" —que además era ortodoxo— se convirtiera en el objeto principal de la animadversión nacional polaca. Durante el siglo XIX se produjo una estandarización de la historia polaca que consiguió crear un relato unificado, una narración mítica única de los orígenes nacionales. A través de una historiografía profesionalizada —en especial en la partición austríaca, donde el margen de libertad era más amplio—, pero también a través del arte, las celebraciones y festividades, el asociacionismo cultural, político y deportivo y una larga serie de actividades de la vida cotidiana, los polacos consiguieron crear una idea del pasado de su país.

En esencia, el estereotipo identificaba a la dinastía polaca de los Piastas con lo "étnicamente polaco", propugnaba un Estado más pequeño pero más "nacional" y homogéneo, y mostraba una tendencia geoestratégica hacia Occidente que generaba de inmediato una clara competencia con lo germánico. Por su parte, la dinastía de los Jagellones, dado su origen "lituano", era considerada como menos "polaca", menos "nacional". Se les tenía por partidarios de un Estado grande, federal, plural, multinacional incluso, y en su predisposición hacia Oriente competía con lo ruso en los mismos espacios. El debate sobre estos estereotipos enlazaba con otro más amplio acerca del lugar que "Polonia" ocupaba entre el Este y el Oeste, de su pertenencia o no a "Europa". De tonos similares al llevado a cabo entre "eslavófilos" y "occidentalistas" en Rusia, la importancia de estas discusiones era aún más acusada en el caso polaco por la necesidad de establecer estrategias para la preservación de la cultura y la lengua y, a partir de finales del XIX, por las ansias radicales de construcción de un estado propio (Faraldo, 2012).

Los diversos tipos de nacionalismos polacos hicieron un uso político muy amplio de ambos estereotipos, en especial en el periodo de entreguerras. La "Democracia Nacional" de Roman Dmowski (1864-1939), partido nacionalista y antisemita (de tono podríamos decir *piast*),

se oponía a Józef Piłsudski, socialista nacionalista (de tendencia *jagellón*). Piłsudski introdujo en 1925 una dictadura bastante blanda, la *Sanacja* (curación), que, entre otras cosas, intentó acallar la acción del ultranacionalismo de la *Endecja* (los dmowskianos). Es decir, los polacos solo podían subsistir en alianza con Alemania o con Rusia. Curiosamente, en su enfrentamiento dialéctico contra la dictadura de la *Sanacja*, los comunistas, tras 1945, se volcarán al piastismo, eligiendo de nuevo la alianza rusa, lo que justificaba su dependencia de Moscú.

De este modo, para crear su idea de nación, Polonia no tenía otro remedio que enfrentarse a Rusia. El prejuicio antirruso se constituyó, pues, en parte indisoluble de la construcción nacional polaca.

## LA PRIMERA RUSOFOBIA MODERNA

Las guerras napoleónicas abrieron la modernidad en Europa. El intento del emperador de conquistar el continente por la fuerza de las armas y transformarlo en un imperio moderno, con leyes e instituciones de origen ilustrado, a través también de la deposición de las dinastías reinantes, causó enormes trastornos y cambios en los países europeos. También en Rusia, que se enfrentó a los ejércitos napoleónicos de forma paralela a la de España y que, como España, acabaría superando la invasión, pero con enormes traumas y una división social muy profunda. De la invasión napoleónica surgiría la primera experiencia revolucionaria liberal rusa, la de los "decembristas", oficiales del ejército que se levantaron en 1825 a la muerte del zar Alejandro I y a favor de uno de sus hijos, Constantino, en contra de su hermano más joven, Nicolás, que era quien había ascendido al trono. Los decembristas exigían garantías constitucionales y miraban a la Constitución española de 1812 como modelo. Derrotados y perseguidos, la Rusia que surgiría del susto revolucionario sería mucho más reaccionaria en su política exterior e interior.

Y de ese vuelco reaccionario en Rusia surgiría en el continente un

amplio sentimiento de miedo a Rusia. Las intervenciones de la ahora gran potencia contra las revoluciones liberales en Francia, Bélgica y, especialmente, en Polonia en 1830, crearon una imagen del país como la "cárcel de pueblos" o el "guardián de la contrarrevolución". El zar Nicolás I combatió el liberalismo en el continente incluso con las armas, lo que le ganó el título de "policía de Europa", pero consolidó la imagen de la Rusia anticuada y reaccionaria que se había abierto paso desde el final del reinado de Catalina II.

La construcción consciente por la propaganda de la imagen negativa de Rusia en Francia —cuya influencia cultural en el continente era enorme en la fecha— había comenzado ya con Napoleón. Cuando en 1805 Rusia se unió a la Tercera Coalición contra Francia, el mismo Napoleón impulsó a la prensa a organizar una campaña de desprestigio de Rusia. En sus propias palabras, "los rusos son una nación de bárbaros y su fuerza yace en su astucia" (citado en Herold, 1961: 195). La naciente opinión pública se lanzó a reforzar ideológicamente las necesidades geopolíticas del Estado, algo de lo que el siglo XIX haría mucho uso. Siguiendo esta estela, en 1807 se publicó un panfleto anónimo, *De la politique et des progrès de la puissance russe* (De la política y el progreso de la pujanza rusa), que supuso uno de los aportes esenciales a la literatura rusofóbica. El libro, un mamotreto de 500 páginas, hablaba de una amenaza rusa inminente, de un ejército ruso gigantesco, brutal, bien entrenado, capaz de arrasar Europa. Rusia era un país de bárbaros asiáticos, con solo una pequeña élite europeizada, que tenía como objetivo conquistar el continente y expandirse aún más allá. Llevaban ya cien años de guerras contra Europa y solo el ejército francés era capaz de contenerlos y hacerlos retroceder.

Uno de los presupuestos del libro, y que sería luego recogido por otros discursos antirrusos, era que la invasión y destrucción de Polonia, el "bastión de la civilización" europea, había sido esencial para el imperialismo ruso. Durante todo el siglo XIX esta idea de la Rusia autoritaria y agresiva, que había ocupado a la pacífica —y a veces

considerada "democrática"— Polonia, se uniría a las constantes represiones contra los polacos para acrecentar en Europa la percepción de un imperio cruel y retrasado que aplastaba a las pequeñas naciones. Se trata de una imagen esencial para comprender la forma en que los liberales y demócratas europeos veían Rusia: la "cuestión polaca", la liberación de Polonia del yugo ruso, una cuestión esencial para los liberales y luego para los socialistas del siglo XIX.

El libro pasó desapercibido en principio, ante la firma de la paz de Tilsit —que relajó la campaña contra Rusia—, pero se volvió popular de pronto cuando comenzaron los preparativos —también propagandísticos — para organizar el Gran Ejército destinado a invadir el país eslavo. No fue el único: toda una serie de panfletos y libros le acompañaron, pero el *De la politique* contenía un documento que se convertiría en esencial a partir de ese momento y que cimentaría toda una tradición de pensamiento rusófobo. Nos referimos al llamado "Testamento de Pedro el Grande". Este documento, que estaba incluido en el libro, es casi con toda seguridad una falsificación, pero su influencia ha sido enorme. En él, que se presenta como "un resumen" del texto original, el supuesto Pedro el Grande, en primera persona, aconseja a sus sucesores una política exterior en la que se mencionan aspectos como:

> Mantener el Estado en un sistema de guerra continua, con el fin de conservar una disciplina estricta entre los soldados y con el fin de mantener a la nación en movimiento y lista para marchar a la primera señal […] utilizando cualquier medio, expandirse hacia el norte a lo largo del Báltico y hacia el sur a lo largo del mar Negro […] interesar a la casa de Austria para que eche al turco de Europa y, bajo este pretexto, mantener un ejército permanente y establecer muelles en las orillas del mar Negro y, siempre avanzando, extenderse hasta Constantinopla. Apoye la anarquía en Polonia […] y termine por subyugarla […] Implíquese a toda costa en las disputas de Europa, ya sea por la fuerza o mediante artimañas […] Todas estas divisiones proporcionarán entonces una facilidad total a los soldados del frente, para que puedan con vigor y toda la certeza posible conquistar y subyugar al resto de Europa (Resis, 1984).

El testamento circuló ampliamente, publicado por el Ministerio de Asuntos Exteriores francés primero, pero luego popularizado por todo tipo de escritos y libros, tanto eruditos como populares. A lo largo del tiempo,

una y otra vez, el texto —pese a haber sido pronto desenmascarado como una falsificación— apareció en los momentos de tensiones entre Rusia y otras potencias. Se usó durante la intervención rusa en Hungría en 1848, en la posterior crisis polaca, durante la guerra de Crimea, durante la guerra ruso-turca de 1877-1878. Napoleón III mandó colgarlo en los edificios oficiales. Fue utilizado como instrumento de la propaganda alemana en Persia durante la Primera Guerra Mundial. Hitler lo convirtió en parte de su reivindicación propagandística de la necesidad de destruir a la URSS. Se mencionó durante las sesiones de las comisiones anticomunistas del senador McCarthy en los Estados Unidos de los años cincuenta. Incluso durante las tensiones sino-soviéticas, los dirigentes chinos explicaban la invasión de Afganistán y la penetración soviética en Asia central como una consecuencia directa de los designios de Pedro el Grande en su "testamento".

**"Los cachorros adoptados del oso ruso".**
**Napoleón III y el emperador de Austria-Hungría Fernando José presentados como niños controlados por el oso ruso (hacia 1849).**
**Fuente: Europeana, https://tinyurl.com/2ejtc67r.**

En el testamento se encuentran bien reflejados algunos estereotipos de

la política exterior rusa que se repetirán continuamente hasta nuestros días: la intromisión en los asuntos internos de otros países, la avidez por conseguir mayor territorio, el supuesto uso de las debilidades occidentales para subvertir el orden a su favor. Es un documento conspiratorio, con énfasis en la destrucción de Europa y su sometimiento. La importancia del manifiesto para el desarrollo intelectual de la rusofobia es evidente. Cada zarpazo de los zares en la geopolítica europea encontrará su reflejo en las frases contundentes del testamento. Incluso propagandistas de tercera fila contribuían con su repetición de estos argumentos a que fuera asumido como percepción de la línea directriz de la política rusa. Así, por ejemplo, un abad francés, Gaume, en 1876, usaba el documento para llegar a afirmar que "todos sienten que pronto habrá, incluso externamente, solo dos partidos en Europa: el partido moscovita y el partido católico, el zar y el papa" (Blanc, 1968), excitando los miedos ante lo que parecía la gran invasión del hereje ortodoxo, capaz de destruir la Europa católica. De hecho, el abad terminaba diciendo: "No, no creáis que el espíritu de Atila, de Gengis Kan, de Tamerlán haya muerto. Todo existe para mantener en vilo a la civilización cristiana, para advertirle de que aún no ha muerto, para advertirle que aún no es tiempo de convertir el hierro de las espadas en rejas de arado y los cuarteles en hospicios". De nuevo, la idea de la Rusia oriental que invadía Europa, como antes los mongoles, los hunos, los tártaros, los magiares…

Decisivo para el desarrollo histórico de la rusofobia como ideología fue la incansable obra de propaganda antirrusa del escritor, diplomático y activista escocés David Urquhart (1805-1877), a quien se le puede considerar como uno de los primeros grandes creadores de rusofobia (Ardeleanu, 2010). Este entusiasta del Imperio turco impulsó decisivamente la colaboración de Gran Bretaña con el Imperio otomano a costa de los intereses del Imperio ruso. Su actitud hacia el país de los zares puede ser tachada sin disimulo de rusófoba, por la cantidad y profundidad de sus acciones y discursos antirrusos. Todo ello tenía que ver con la progresiva consideración de la Corona británica de que había

que mantener el moribundo Imperio turco con vida como garantía de la estabilidad europea. Eso se contraponía a los intereses rusos, que avanzaban cada vez más en el Cáucaso, Asia central y los Balcanes a costa de Turquía. Urquhart, que era un liberal convencido, creía que el libre comercio frenaría a Rusia, porque las mercancías inglesas servirían para ganarse el apoyo de los turcos y eliminar así la potencial amenaza rusa. De este modo, viajó y trabajó incansablemente por los Balcanes, impulsando una rusofobia cierta, que no solo se basaba en el peligro económico o geopolítico, sino también en las características de la propia Rusia. Para Urquhart, Rusia era un país despótico, tiránico, incivilizado, que quería a toda costa conquistar y someter al resto del mundo. Era una visión que hoy llamaríamos "conspiranoica" y que participaba e impulsaba la publicación de panfletos, folletos y libros antirrusos. La idea antirrusa no cuadraba con la política británica del momento, que no era para nada rusófoba, lo que aislaba a Urquhart, al que muchos consideraban como un maníaco o un fanático. Sin embargo, es evidente que su acción sirvió para expandir los prejuicios contra Rusia a lo largo del continente en un contexto de enfrentamiento geopolítico alrededor del "enfermo de Europa", el Imperio turco.

Aquella fue también la época de los libros de viaje románticos que, como *La Russie en 1839* (1843), escrito por Astolphe-Louis-Léonor, marqués de Custine (1790-1857), ayudaron a sustentar los prejuicios de la Rusia barbárica. Custine viajó a Rusia como un conservador opuesto al liberalismo y la representatividad, pero se encontró con la autocracia rusa de Nicolás I. La atmósfera policíaca y represiva y las incongruencias del Estado zarista le llevaron a escribir una obra que se mofaba de las clases nobles y de la monarquía rusa y ponía el acento en el barniz europeo de las élites, debajo del cual se apreciaba la barbarie "asiática". Custine había sido aleccionado por Honoré de Balzac, después de haber publicado un libro sobre un viaje a España, a escribir sobre otras partes "medio europeas" del continente. Ahora sí que las apreciaciones de los viajeros contenían aspectos racistas y xenófobos. No todos los lugares

eran iguales, y si Custine era capaz de alabar la pobreza rusa o española, era porque las consideraba inferiores, pero pintorescas.

Lo que el libro de Custine fue para Francia, lo fue para Gran Bretaña *A sketch of the military and political power of Russia in the year 1817*, escrito por sir Robert Wilson, que había servido por un tiempo, como enviado británico, en el ejército ruso durante las guerras napoleónicas. Wilson escribió un panfleto radical e incendiario que —en un contexto de tradicional amistad entre los imperios británico y ruso— abrió la veda para el establecimiento de los prejuicios antirrusos. Prejuicios que, como la frase de lord Palmerston que describía a un diplomático ruso como "cortés en lo externo" pero con "toda la astucia de un semisalvaje", contribuirían a las prevenciones de la política exterior británica con respecto a Rusia (Benn, 2014). De hecho, como bien cuenta Gleason (1950: 285), "el aumento de los conocimientos sobre Rusia tendió a hacer que su amenaza pareciera más concreta y más inminente", lo que al tiempo que la convertía en un enemigo formidable y más cercano, contribuyó notablemente al desarrollo del estereotipo de las ambiciones rusas de dominio mundial.

Se empezó a temer que Rusia quisiera extender su influencia hacia los lugares que tradicionalmente había ocupado el imperialismo británico, en especial Asia central y la India. Comenzó así el llamado "Gran Juego" de las potencias, en el que ambos imperios se enfrentaban vicariamente en territorios muy alejados —el perenne lugar de Afganistán en ese juego ha llegado hasta hoy, con los contrincantes cambiados— (Hopkirk, 1992). El contacto entre ambas potencias se producía en territorios potencialmente coloniales, sobre los que ambos tenían deseos de conquista o influencia. Esto, por supuesto, incrementó los prejuicios y la necesidad de propaganda contra el otro.

Sin embargo, los movimientos no eran en una sola dirección. El ferrocarril y la mayor prosperidad rusa hicieron que muchos rusos comenzaran a viajar hacia el resto de Europa, estudiaran, vivieran tiempo allí, se casaran incluso. Esto los llevó a enfrentarse con prejuicios y

discriminaciones en un momento en el que los nacionalismos estaban creciendo. Y esto se reflejó en las propias ideas. La primera introducción del término "rusofobia" en un sentido político fue, sin duda, obra de Fiódor Tyutchev (1803-1873). Aparte de ser un conocido poeta (autor de la famosa máxima "Rusia no se puede conocer por la razón"), Tyutchev fue un diplomático de raza, que recorrió Europa durante más de treinta años y llegó a conocer bien el continente. Vivió en Múnich mucho tiempo, conoció al poeta Heinrich Heine y al filósofo Friedrich Schelling. A su vuelta a Rusia llegó a ser, y eso es decisivo, consejero privado —uno de los cargos más altos de la administración zarista—, desarrollando su actividad dentro del tristemente célebre "Tercer departamento de la oficina de su majestad imperial", es decir, de la policía secreta zarista, de la que llegó a dirigir la sección de censura. Tyutchev, que estuvo muy influido por el romanticismo alemán, publicó una serie de textos que examinaban las relaciones con Europa occidental y planteaban las direcciones de la política exterior rusa. Para él, Rusia debía acercarse a Alemania —que era un remedio para detener "la podredumbre que se extiende desde Francia"—. También desarrolló uno de las primeras herramientas ideológicas de hegemonía rusa sobre Europa central: el concepto de paneslavismo. Con esto, Tyutchev hablaba de la armonía y unidad de los eslavos bajo el patrocinio de Rusia. Para él, que había viajado y vivido en Europa occidental y sufrido por los prejuicios y menosprecios de la parte occidental del continente, el marginado y aborrecido Imperio ruso debía convertirse en el salvador de los hermanos eslavos, así como erigirse como baluarte de los valores cristianos en una Europa hereje y descreída. El concepto de Tyutchev de rusofobia se inscribe en dos contextos: el doméstico, que él atribuye a los "occidentalistas", que critican al régimen zarista por su atraso, pero también el exterior, en el odio de los europeos a Rusia, surgido del hecho de que el país es la verdadera civilización cristiana. Con él se marcaron ya los dos aspectos principales del complejo ideológico de la rusofobia.

A mediados de siglo, el estallido de la guerra de Crimea (1853-1856)

atizó los prejuicios y propició la creación de estereotipos. La guerra, que tenía causas diversas, estalló con el pretexto de la agresiva política rusa de protección de los cristianos ortodoxos dentro del Imperio otomano. La caricatura, un medio que cada vez se hacía más popular, se desplegó en su burla del Imperio ruso. Se crearon multitud de imágenes de rusos brutales y torpes, descritos a veces como salvajes africanos, orientalizados, en libros como *Chargeons les Russes* (Carguemos contra los rusos) y *Les cosaques pour rire* (Cosacos para reír), ambos publicados en Paris en 1854 y dibujados por Honoré Daumier (1808-1879) y Cham (seudónimo de Amédée de Noé, 1818-1879), pero la prensa europea en general se llenó de imágenes similares de Rusia y sus habitantes. Uno de los libros que más éxito tuvo y cuya calidad sirvió para establecer una imagen perdurable de Rusia fue ilustrado por un jovencísimo Gustave Doré. Se titulaba *Histoire pittoresque, dramatique et caricaturale de la sainte Russie* (Historia pintoresca, dramática y caricaturesca de la santa Rusia, 1854), y desarrollaba a través de dinámicas imágenes una historia de Rusia desde sus orígenes hasta el conflicto crimeo, reflejando una antigua tendencia del país a comportarse como un imperio agresivo y cruel. En los dibujos de Doré, los gobernantes rusos son todos unos bárbaros, que oprimen a su gente y la usan como carne de cañón en guerras absurdas, y el país está lleno de crueldades y torturas. De hecho, en el propio título del libro, la palabra "Rusia" estaba dibujada con prisioneros torturados de los que salían gotas de sangre roja. También el reino de Iván el Terrible se representa como una mancha roja de sangre en un libro que es, en general, en blanco y negro. Hay en el trabajo de Doré una sensación de repetición histórica: la violencia rusa es eterna.

"¿Y ahora qué?
Oso ruso: '¡Usted ha leído mi 'circular'! ¡Sabe que mis intenciones
son estrictamente honorables! ¿Qué va a hacer?'.
León británico: '¡Bendito sea si lo sé! Pregunte al Gobierno,
y si no pueden decírselo, ¡intente la oposición!'".
Relativo a la guerra ruso-otomana (1877-1878).
Fuente: Europeana, https://tinyurl.com/2fylplm9.

La guerra de Crimea fue, por su violencia, su amplitud de escenarios, la participación internacional y el concurso de medios modernos de comunicación —con un uso amplio de la fotografía— la primera verdadera guerra moderna. Es por ello que en Crimea se marcarán ya las vías de la propaganda moderna y los estereotipos que se repetirán una y otra vez a lo largo del siglo XX.

Sin embargo, y pese a todo lo que hemos escrito, es evidente que, a lo largo del siglo XIX, los brotes de odio a lo ruso obedecieron en general a prejuicios ya para entonces bastante arraigados, pero que solo surgían en momentos de conflicto o tensión política. Todos los fenómenos de propaganda antirrusa tienen que ver con las rivalidades internacionales del momento y no se observa, durante el siglo XIX, un odio persistente o una deshumanización prolongada de los rusos como pueblo. El "otro" ruso es un rival que puede concitar animadversión como competidor por recursos y territorios en un mundo de voraz carrera colonial. Sin embargo, no es una rivalidad distinta a la de otras potencias del momento, ni hay otra cosa detrás más que intereses económicos, políticos y coloniales. Que

algunos estereotipos —los rusos como atrasados o asiáticos— perduraran, puede verse también con la valoración positiva que los románticos hacían del atraso y la divergencia, como en el caso español o griego. Es más, buena parte de la rusofobia en el siglo XIX parece haber sido más una "fobia a la autocracia". En una época en la que la democracia liberal y los sistemas parlamentarios estaban naciendo, buena parte de la opinión pública europea llegó a considerar el sistema autocrático ruso como una rémora del pasado. El "gendarme de Europa", que acudía siempre a disolver las revueltas y revoluciones, era odiado por ello. Los ataques a Rusia eran, a menudo, ataques contra el despotismo.

CAPÍTULO 3

# EL SIGLO DE LAS CATÁSTROFES

Dos grandes guerras mundiales, la Revolución rusa, la Guerra Fría, la carrera espacial, el colonialismo y la descolonización. Rusia estuvo presente en todos los momentos de la terrible época que comenzara en Sarajevo en junio de 1914, con el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa. La casi continua tensión geopolítica ofrecía un amplio campo para la expresión de prejuicios y fobias. El siglo XX permitió que se consolidasen buena parte de las imágenes y mitos que ya se habían ido creando. Y surgieron algunos nuevos. Una diferencia con los tiempos anteriores es que los prejuicios venían ahora avalados por la ciencia.

## CIENCIA Y PREJUICIO

Durante la segunda mitad del siglo XIX y, luego, a lo largo de la primera mitad del XX, las ciencias sociales y humanas de los Estados alemanes elaboraron una perspectiva de investigación de los territorios que había al Este de su frontera, la llamada *Ostforschung* (Thum, 2006). El Reich alemán unificado había absorbido y colonizado enormes territorios pertenecientes a Polonia y tenía frontera directa con el Imperio ruso. La necesidad de saber qué había al otro lado —la planificación bélica, pero también económica— hizo imprescindible la acumulación de conocimiento sobre Rusia. Se constituyó así una disciplina que pretendía, primero, el dominio científico y la cartografía física, cultural y económica

de un espacio, pero que escondía un anhelo también de colonización efectiva, territorial y política de aquel territorio ya entonces definido como *Europa oriental*. En 1916, en plena Primera Guerra Mundial, el excanciller del Reich Bernhard von Bülow escribió: "La obra de colonización del Este alemán, que, iniciada hace casi un milenio, aún hoy no ha concluido, no solo es la más grande, sino la única en la que los alemanes hemos tenido éxito hasta ahora" (Pufelska, 2023). Las verdaderas colonias alemanas no estaban en Namibia o Tanzania, sino en Europa. Y el objetivo era acrecentarlas.

De este modo, la historiografía imaginó una tendencia histórica que cifraba su comienzo, a veces, en la época antigua y, otras, en tiempos medievales, de un denominado *impulso hacia el Este* (*Drang nach Osten*) de la cultura y la etnicidad alemana. Según esta idea, los pueblos de lengua alemana habrían ido colonizando poco a poco el territorio al este del río Elba, poblándolo y "civilizándolo". A los alemanes se habrían debido las innovaciones más importantes de la zona, los talentos artísticos mejores, la verdadera ciencia. Desde el astrónomo Nicolás Copérnico al escultor Veit Stoss, todo lo que había sido importante en la cultura de Polonia, Ucrania o Rusia había sido llevado por los alemanes. En realidad, la historiografía decimonónica seleccionó y reunió diversos hechos históricos a menudo desconectados pero que podían ser interpretados de ese modo. Eran hechos reales, como la gran red comercial establecida por la Hansa a lo largo del Báltico y hacia el interior de Rusia y Ucrania; la expansión hacia el Este de campesinos de lengua alemana, a veces de forma independiente, a veces llamados por los jerarcas de ciudades y Estados del Este (como los alemanes del Volga), o el dominio de las ciudades en aquellos territorios por parte de minorías alemanas que ejercían generalmente el papel de intermediarios comerciales. Pero no eran más que parte integrante de una historia multicultural, muy compleja, que no tenía nada que ver con los esquemas de pensamiento nacionalistas que habían surgido en el siglo XIX. La forma en que los historiadores, antropólogos y sociólogos alemanes

distorsionaron estos hechos para hacerlos encajar con sus objetivos de mostrar la superioridad de lo alemán, resultaba una clara toma de partido nacional. De este modo, la unión de esta ciencia nacionalista con las nuevas teorías de darwinismo social y de racismo biológico condujeron a la creación de mitos antirrusos de fuerte arraigo. Estos se usarían durante la Primera Guerra Mundial, pero alcanzarían su punto más álgido en la Segunda.

**Ostland: Halbmonatsschrift für Ostpolitik, Jg. 21, Nr 20, 1940 (revista de la Ostforschung).**

## LA PROPAGANDA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Aunque el siglo XIX había dado buena muestra de que la propaganda se había convertido en un arma primaria y vital, como hemos visto con la guerra de Crimea, la Primera Guerra Mundial fue el primer gran momento de la propaganda nacionalista de masas. Durante la guerra se usaron algunos de los motivos racistas que luego estallarían en el período de entreguerras y conducirían al segundo conflicto mundial. En Alemania se consideraba que los viejos imperios estaban en decadencia y que el futuro pertenecía al vigoroso pueblo alemán, capaz de mantener la *Kultur* —la ética de las humanidades, la tradición del arte y la filosofía— contra la *Zivilisation* de los demás: el mundo horrible de las ciudades atiborradas,

las masas y de un capitalismo nivelador y destructivo. La *Kultur* alemana habría de salvar al mundo, aunque fuera por la fuerza. En esta guerra de propaganda, Alemania podía sostener fácilmente que su posición era la correcta porque sus contrincantes occidentales, Francia y Gran Bretaña, que se decían paladines de la democracia, se habían aliado con la potencia más reaccionaria del continente, la Rusia zarista (Demm, 1993).

Todos los tópicos rusófobos construidos a lo largo de los siglos anteriores formaban ahora parte de las campañas antirrusas. Un torrente de imágenes, desplegadas en la literatura, los periódicos y los panfletos, pero también en las revistas ilustradas llenas de fotografías y en un cine naciente pero ya dinámico, acumulaban muestras de atrocidades, iconografía de los rusos como bárbaros y un uso intensivo del "oso ruso" como un ser amenazador. Hubo extraordinarios ataques hacia el zar y la familia real —con el uso de la pornografía política más denigrante—, así como la burla continua del atraso campesino y del poder de la Iglesia ortodoxa.

Sin embargo, esta rusofobia no era muy distinta de la ejercida contra los alemanes —los "hunos"—, que habían perpetrado la llamada *rape of Belgium* (la "violación de Bélgica"), una serie de masacres y crueldades atribuidas a la imperfección civilizatoria de los alemanes por la propaganda aliada. Unos y otros se lanzaban diatribas, insultos, construían imágenes amenazadoras del otro, deshumanizaban, criticaban. Lo interesante es cuál era el acervo histórico de los prejuicios del que se tomaban las imágenes y los estereotipos. Los ataques a Rusia siempre tenían que ver con dos aspectos: la supuesta barbarie y atraso y la crueldad del despotismo. Todo ello desde el prisma de la no menos supuesta estulticia de los rusos.

Al final de la guerra surgió otra de las principales leyendas que, al cabo, han conformado las rusofobias occidentales, y que tiene que ver con otra falsificación, los llamados *papeles de Sisson*. Estos "papeles" son unas docenas de documentos que supuestamente probaban la implicación como agentes de los alemanes de los dirigentes bolcheviques y su control

por el Estado Mayor alemán durante la revolución rusa. En realidad, esta idea, que fue desarrollada muy pronto, abundaba en la realidad de que los servicios secretos de la Alemania guillermina habían estado financiando durante años todas las disidencias posibles en el Imperio ruso. En especial, las minorías nacionales habían buscado respaldo para sus programas independentistas en las cancillerías europeas y, por supuesto, también en las alemanas.

Ya antes de 1914, tanto los liberales e izquierdistas europeos, por un lado —que agitaban contra la "cárcel de pueblos" del zarismo—, como los gobernantes de los imperios centrales por otro, veían una ocasión de debilitar al Imperio ruso mediante la agitación nacionalista. De este modo, cuando en 1914 estalló la guerra, quienes marcaban la política exterior alemana no necesitaban inventar nada, las vías estaban ya puestas: aprovechar las fisuras que eran potencialmente más peligrosas para la estructura del Imperio ruso y que, a aquella altura, parecían mucho más importantes que la actividad de las sectas revolucionarias socialistas, como bolcheviques y mencheviques. Al final, sin embargo, serían estas pequeñas sectas las que alcanzarían mayor éxito en desestabilizar el imperio. Y con una ayuda alemana, por cierto, en buena medida paralela a la ofrecida a las minorías nacionalistas (Merridale, 2017)

Los "papeles" fueron comprados a finales de 1917 por el enviado especial del presidente estadounidense a Rusia, Edgar Sisson, por 25.000 dólares. Fue una maniobra rocambolesca en la que un periodista ruso, Yevgeni Semyonov, que estaba convencido de que Lenin había sido pagado por los alemanes —lo que hasta cierto punto era verdad—, y Ferdinand Ossendowski, un periodista polaco, se hicieron con una cantidad de supuestos documentos que demostrarían el doble juego de los líderes bolcheviques. Tras la publicación de algunos de esos documentos en una revista de provincias, la embajada estadounidense decidió comprarlos. Sisson, que pertenecía al organismo de propaganda norteamericano, el Comité de Información Pública, comprendió el interés

que presentaba la historia para perjudicar tanto los intereses alemanes como los bolcheviques.

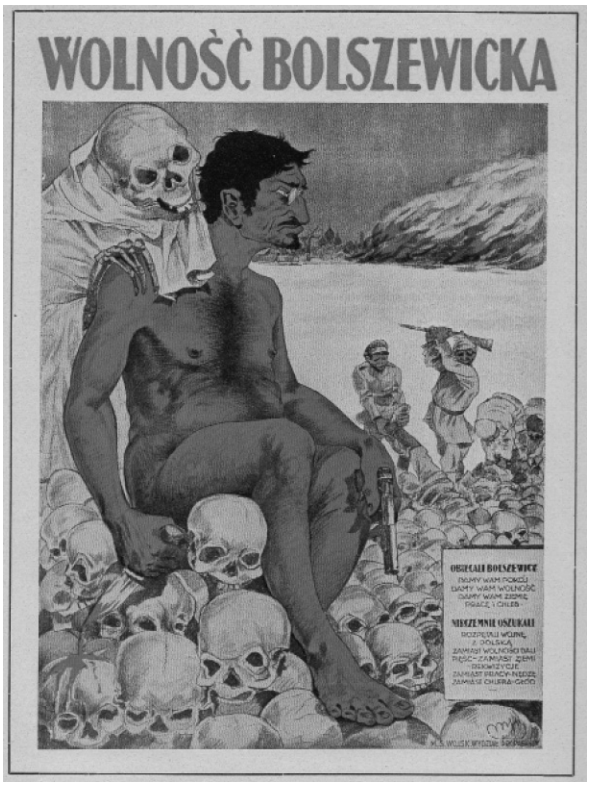
Los documentos eran falsificaciones bastante evidentes, por lo que enseguida fueron descartados. Sin embargo, el rumor de los bolcheviques como agentes alemanes no desapareció nunca y los papeles fueron citados una y otra vez por quienes querían seguir manteniendo la idea de la Revolución rusa como una importación extranjera. Esta falsificación muestra el camino que la rusofobia iba a seguir tras la revolución de 1917: identificar los estereotipos aplicados antes a Rusia a la nueva encarnación del imperio, la Unión Soviética, y añadir a ellos un anticomunismo que también generó sus propios mitos.

## EL COMUNISMO Y LA RUSOFOBIA

La Revolución rusa de febrero dejó estupefactos a los políticos de las cancillerías occidentales. En medio de una guerra, la más férrea autocracia del continente era derribada y, de forma aparentemente regulada, se abría camino hacia un sistema que, en apariencia, parecía querer conformarse como un parlamentarismo liberal del que decían defender sus aliados en la lucha contra las potencias centrales. Aunque el país no dejó de combatir contra los alemanes —sufriendo derrota tras derrota—, la desconfianza entre los aliados era patente. Los peores temores se confirmaron cuando pocos meses después, en octubre, los bolcheviques, una pequeña secta radical, se hizo con el poder. La salida de Rusia de la guerra, la violencia que se desató y las rápidas transformaciones de la economía y la sociedad —muchas de ellas apenas producto de la situación bélica— desataron las percepciones de los estereotipos.

El prejuicio de los rusos como orientales se confirmó en la persona del propio Lenin, cuyos rasgos tártaros se acentuaron en las caricaturas para demostrar que la crueldad de los bolcheviques era algo innato y

proveniente de sus orígenes étnicos. Los bolcheviques eran ahora pintados con las manos llenas de sangre, con ojos orientalizantes, con una avidez criminal y cleptómana que a veces adoptaba aspectos judíos. Surgió así el estereotipo del judío bolchevique, de larga duración, en el que se unían los prejuicios antisemitas con toda la tráfaga de odios hacia los socialismos construida a lo largo del siglo XIX. Los comunistas eran ahora, a la vez, "rusos", "judíos", "orientales" y, además, tenían todos los rasgos propios de los criminales anarquistas y terroristas del primer tercio del siglo, los que habían acabado con reyes y duques y estaban en el origen de la propia guerra mundial.




**Propaganda antibolchevique polaca: "La libertad de los bolcheviques", Skabowski (1921). Fuente: Wikimedia Commons.**

En Estados Unidos sobre todo, la revolución llevó a una verdadera histeria anticomunista, la llamada *red scare*, o "amenaza roja", que durante los años inmediatamente posteriores a 1917 convirtió al comunismo, real o inventado, en un enemigo a abatir (Shepley, 2011).

Fueron años en los que la policía persiguió a presuntos comunistas por medios ilegales, expulsó a extranjeros acusados de serlo y, en definitiva, usó la excusa del miedo al comunismo para destruir la izquierda independiente y sólida que existía en los Estados Unidos hasta aquel entonces. El miedo al peligro rojo continuó en América largo tiempo (Filene, 1968). El comienzo de la Guerra Fría le daría nuevo impulso a la histeria anticomunista, con la llegada del macarthismo, el movimiento liderado por el senador republicano Joseph McCarthy, que entre 1947 y 1957 instigó una verdadera caza de brujas en un ambiente enrarecido, lleno de sospecha y odio al diferente (Morgan, 2004). El uso del anticomunismo tenía también mucho que ver con una xenofobia producida por la expansión soviética en Europa, por la victoria de Mao Tse-Tung en la guerra civil china y por la guerra de Corea. "Rojos" ya no eran solo los rusos, pero en cualquier caso la identificación entre comunista y ruso persistía.

Este estereotipo iba a durar mucho. De forma generalmente negativa, los rusos iban a ser señalados como comunistas durante más de setenta años. Su imagen distorsionada se iba a reflejar en la cultura popular una y otra vez. Hombres con barbas y cuchillo en la boca, que estaban escondidos o acechando para invadir y acabar con la civilización occidental. Conspiraban internacionalmente mediante sus partidos comunistas, que no eran otra cosa más que tapaderas de Moscú, pero también se introducían en los más recónditos lugares de las sociedades occidentales, extendiendo su veneno y engañando a los incautos. Había que estar alerta, vigilantes. Y perseguir a los comunistas y a sus simpatizantes.

Lo curioso es que esa ligazón entre "comunista" y "ruso" se mantuvo durante mucho tiempo. Los "rusos" habían invadido Afganistán, los "rusos" amenazaban con poner misiles en Cuba, los "rusos" tenían subyugada a Europa central… Desde 1917, las dos palabras parecían sinónimos. Esto ha perdurado también de forma levemente positiva. Una buena muestra de ellos es cómo la supuesta izquierda en muchos países

ha legitimado la invasión de Ucrania desde 2014 por la supuesta relación de Rusia con los valores que dice defender —sobre todo, el antiamericanismo—. Las tradicionales líneas de relaciones internacionales construidas por la URSS se han renovado —Cuba, Venezuela, China…—, identificando un país que ya no tiene nada que ver con el discurso social y socialista de entonces.

"El abrazo del oso.
Sra. Europa: '¿No me está usted apretando demasiado?'.
Oso ruso: 'Bueno, querías que bailara; y esta es mi ruda manera soviética de hacerlo'.
[La delegación bolchevique en Génova se ha negado a conceder las demandas de las potencias a menos que Rusia reciba simultáneamente un fuerte préstamo. Se ha mencionado la suma de doscientos millones de libras esterlinas]".
Fuente: Europeana, https://tinyurl.com/2lue84zj.

## LA PROPAGANDA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Cuando Adolf Hitler fue encarcelado en 1924 para cumplir una condena de cinco años, de la que solo completaría nueve meses, encontró tiempo para escribir por fin el libro que llevaba tiempo planeando. A partir de su biografía, el líder nacionalista consiguió explicar de forma convincente su brutal, irreal y criminal plan para el futuro de Alemania y de Europa. En

él dedicaba mucho espacio a sus planes coloniales hacia Europa del Este. Según él, Alemania debía olvidarse de las colonias en África y continuar su colonización de los espacios orientales, donde había posibilidades de encontrar ese "espacio vital" que —según él— era extremadamente necesario para un pueblo alemán encogido dentro de sus fronteras. Por supuesto, esto solo podía hacerse —como reconocía él mismo— mediante la ocupación violenta del Este. Su libro estaba repleto de antieslavismo. Hitler, que había vivido su juventud en el decadente Imperio austrohúngaro, había asumido también muchos de los estereotipos y prejuicios antieslavos propios de la cultura política austríaca. Sin embargo, estos prejuicios iban dirigidos sobre todo hacia los eslavos balcánicos, los checos y los polacos, pero no tanto a los rusos, a los que, pese a todo, consideraba como alternativa para una alianza antifrancesa —si no fuera porque Rusia había sucumbido ante la opresión "judeo-comunista"—. Solo con el tiempo, la radicalidad de la propuesta de la conquista del espacio oriental le llevó a él —apoyado, influido y asesorado por los académicos de la *Ostforschung*— y al resto de los nazis a desarrollar políticas de odio contra los rusos. En ellas se mezclaba la mencionada imagen del "judío bolchevique", el comunista racialmente manchado por la judería, con los estereotipos antieslavos y antirrusos que hemos visto ya. La astucia semisalvaje, la brutalidad, la falta de civilización, se unían incluso a aspectos externos, como la suciedad o la incapacidad de mantener un cierto grado de orden y confort en sus ciudades y hogares.

Los prejuicios antieslavos llevaron a que la ocupación en el Este fuera de consecuencias mucho más terribles que en el Oeste. En Polonia, el ayudar de cualquier forma a los judíos estaba penado con la ejecución inmediata; los ocupantes deconstruyeron la sociedad polaca con la intención de convertir a los polacos en siervos de la raza dominante, mediante la prohibición de la educación, la relegación a trabajos físicos o la eliminación de la élite cultural, social y religiosa. A partir de 1941, cuando Hitler, rompiendo el tratado firmado con la Unión Soviética dos

años antes, invadió el país del socialismo, la destrucción fue aún más dramática. Lo que en alemán se denomina *Vernichtungskrieg*, "guerra de aniquilación", tuvo por objetivo desintegrar el Estado soviético, desmembrar y asimilar territorios, así como eliminar a todos los judíos y a un porcentaje muy elevado de los eslavos, dejando tan solo los necesarios para trabajar para los alemanes.

Esta fantasía criminal, esta distopía de lo racial, fue acompañada de toda una campaña propagandística e ideológica de deshumanización y desprecio hacia el enemigo que sobrepasaba, posiblemente, cualquiera de las anteriores. En ella se mezclaban los prejuicios históricos, las nuevas herramientas pseudocientíficas del racismo académico, los modernos medios de comunicación de masas y la perspectiva nihilista y extremadamente utilitarista de los nazis hacia el ser humano. Todo lo que sucedió en el campo de batalla en Rusia y en el resto de la URSS tuvo su antesala o su justificación en las publicaciones de periódicos, revistas, noticieros, películas de ficción, canciones, panfletos y carteles, incluso en las publicaciones académicas de científicos y humanistas que encontraban mil razones para concluir que rusos, ucranianos, polacos, bielorrusos y, por supuesto, judíos, eran inferiores racial e intelectualmente. Que los analizaban desde el punto de vista de poblaciones a las que gestionar, filtrar, utilizar y, a la larga, eliminar. Cierto que, de inmediato, el objetivo total y absoluto de la guerra y, según fue yendo a peor para los alemanes, su única justificación, fue la eliminación completa de los judíos europeos. Pero también los eslavos —aunque con el papel de siervos— se verían a la larga reducidos en su integridad biológica, de haber triunfado la distopía nazi. Es decir, muchos habrían sido asesinados de igual modo.

**Fotografía de una compañía de la Wehrmacht (el Ejército alemán) en la URSS en 1941. El cartel dice: "El ruso debe morir para que nosotros podamos vivir". Fuente: Wikipedia Commons.**

Pero hemos de fijarnos bien. La rusofobia nazi era sobre todo producto del antisemitismo y anticomunismo, y se dirigía preferentemente hacia los "comisarios judeo-comunistas", a los que una orden del Alto Mando exigía eliminar sin juicio. Los rusos en sí eran vistos como un pueblo bárbaro, semisalvaje, que le debía todo al genio alemán, pero que, en eso, como los otros eslavos, tan solo representaban un obstáculo de expansión. Hay matices en esa apreciación que nos hacen ver que, aunque secundario y con población reducida, los rusos, como otros eslavos, tenían un lugar subordinado en la jerarquía racial y social nazi, mientras que los judíos solo eran un objeto a hacer desaparecer.

Por suerte, la distopía nazi fracasó, aunque su lugar lo ocupó el estalinismo triunfante. El nacionalismo ruso que resurgió durante la Gran Guerra Patria —la Segunda Guerra Mundial, en su versión soviética— se alzó victorioso sobre las ruinas de Europa, mientras Stalin brindaba a la salud del gran pueblo ruso, "el más importante de los pueblos de la URSS". La nueva Europa estaba sometida en toda su parte oriental al sistema comunista, pero para muchas de las naciones ocupadas del Este —todas, incluso las aliadas, como Polonia, lo estaban— el ocupante no era el comunismo, o no solo. Eran los rusos, que, por fin, habían regresado, tras su hundimiento en 1918 y en 1941.

## 'EUROPA ORIENTAL' DURANTE LA GUERRA FRÍA

Esta identificación entre ideología y territorio, entre doctrina y nacionalidad, se traspasó también a Europa central y oriental tras la consolidación del "bloque del Este" a partir de 1948. Durante la Guerra Fría, el "comunismo" y "Europa oriental" (encabezada por "Rusia") se convirtieron en sinónimos de una forma absolutamente fuera de toda realidad histórica. Si los regímenes comunistas se habían impuesto en la parte oriental del continente, era solo por una serie de razones geopolíticas derivadas de la Segunda Guerra Mundial. Pero durante aquella época —y no solo en Occidente—, se derivó una constante histórica de ese hecho, que se pretendió justificar de forma esencialista: si el socialismo había echado fruto al otro lado el río Elba, era porque había habido un terreno abonado en la forma de una propiedad de la tierra diferente o una acumulación de tradiciones históricas "revolucionarias" de larga duración. Una de las mayores superproducciones del cine polaco, *Los caballeros teutónicos* (Aleksander Ford, 1960), presentaba las campañas de los eslavos contra la Orden Teutónica como una empresa común en la que los moscovitas —trasunto de los soviéticos— tenían un papel importante. Mientras, los ejércitos teutónicos, que eran vistos como alemanes, se dejaban ayudar por una larga serie de aliados occidentales que parecía poco más que una OTAN *avant la lettre*.

No olvidemos que en el famoso discurso pronunciado en 1946 en Fulton (Misuri), en el que delimitó los campos de la Guerra Fría e imaginó la metáfora del "telón de acero", Winston Churchill (1874-1965) expresó "una gran admiración por el valiente pueblo ruso y por mi camarada de armas en tiempos de guerra, el mariscal Stalin". Era el mismo Churchill que abogaba por "negociar desde la fuerza", pero que nunca fue un rusófobo. Los campos políticos podían estar claros, pero no necesariamente pasaban por la animadversión o la xenofobia.

Durante la Guerra Fría, los países europeos que pasaron a estar integrados en el sistema soviético, ya fuese por ocupación o por imposición de un Gobierno comunista, se encontraron de pronto al otro

lado de una frontera metáforica, pero muy real, que los situaba al Este de Occidente y, por tanto, sin pertenecer a él. Países como Checoslovaquia, cuya capital, Praga, estaba más cerca de París que Viena, y que se reconocía como parte integrante de Occidente, pasaron de pronto a ser "el Este". Un sistema político mutaba en un mapa mental que, de pronto, les imponía toda una serie de estereotipos: gris, frío, hostilidad, brutalidad. Pero es solamente esta idea de continuidad entre el espacio geográfico —el Este— y el sistema político —el socialismo— la que investía a estos territorios de ciertos estereotipos.

Para evitar esta continuidad con el socialismo, la opinión pública de diversos países europeos —en especial los tres bálticos, Polonia y Ucrania— comenzó a subrayar el hecho de no pertenecer a Europa del Este. El debate se había iniciado ya en los años setenta, entre los disidentes contra el comunismo, que comenzaron a hablar de "Europa central" y a alejarse del espacio denominado "Europa oriental" al que se teñía de los colores rusos. Para Milan Kundera y otros disidentes, hablar de Checoslovaquia, Hungría o, incluso, Polonia, como "Europa del Este" significaba convertirlas en apéndices de Rusia. De hecho, la visión de la Europa comunista desde 1948 había sido la de un espacio homogéneo que era poco más que una extensión de la URSS.

Así, los disidentes comenzaron a recuperar el concepto de "Europa central" —un concepto de origen alemán para hablar de un espacio bajo supuesta influencia germana— para diferenciarse de Rusia, proclamando su diferencia esencial de la gran potencia soviética. El historiador húngaro Jenö Szücs comenzó la recuperación del concepto en las publicaciones clandestinas (*samizdat*) a principios de los años ochenta, junto a otros autores, como el exiliado checo Milan Kundera, que sentó las bases del debate en su artículo "Un Occidente raptado", en el que hablaba de Europa central como la más europea de las Europas, precisamente porque había sido "raptada" por los soviéticos y alejada de las corrientes generales del continente. Como dice Cristina Petrescu:

El primer paso en su construcción [de Kundera] de la "centro-europeidad" fue demostrar que era incompatible con la identidad rusa, que se definía exclusivamente en términos culturales negativos y era catalogada como no europea. Rusia representaba a una civilización con un patrón de desarrollo distinto, que tal vez había tratado de "europeizarse" desde los tiempos de Pedro el Grande, pero que había fracasado una y otra vez hasta que el proceso fue frenado brutalmente por el régimen comunista. Por lo tanto, Rusia nunca dejó de ser, tal y como lo planteaba Kundera, "otra" civilización, cuyo "atraso" se ponía de manifiesto implícitamente (no abiertamente) en el texto. La tragedia de Europa central consistía precisamente en su sometimiento a una civilización que interrumpió su desarrollo "normal" en consonancia con el resto de Europa (Petrescu, 2011: 61-62).

El concepto estaba claramente dirigido contra Rusia y se refería a estereotipos muy arraigados: la diferencia entre "Europa" y "Rusia" y la consideración "asiática" de Rusia. Y, por supuesto y ante todo, la identificación total de la Unión Soviética con Rusia. Se trataba pues de un arma de combate contra un opresor que usaba el arsenal acumulado por la estereotipificación de siglos. Aunque Kundera criticaba el comunismo, no era esto lo que le separaba de Rusia, sino la esencial diferencia cultural del conquistador, que era, básicamente rusa, es decir, nacional, étnica y no tanto ideológica. Esta idea del "atraso civilizatorio" de Rusia sería utilizada también por extenso en los países bálticos durante su proceso de independencia. También lo harían los nacionalistas de Ucrania occidental, quienes reclamarían su pertenencia a Europa occidental como forma de separar su identidad —y su proyecto nacional — del de la Rusia opresora. Rasgos de esta consideración rusofóbica pueden leerse en algunas de las reacciones a la invasión rusa de Ucrania en 2022.

## LA RUSOFOBIA EN LA GUERRA FRÍA

En 1957, el lanzamiento del Sputnik, el primer satélite artificial de la historia, supuso un gigantesco *shock* para el mundo. Charles Krauthammer lo explica de este modo:

El Sputnik fue un *shock* porque siempre habíamos supuesto que Rusia no era más que un oso

grande, greñudo y todoterreno. Podía derrotar a los nazis y producir montañas de acero, pero no tenía nada de nuestra inteligencia o sofisticación. Y un día nos despertamos y nos había adelantado en el espacio, colocando en lo alto el primer satélite que orbitaba alrededor de la Tierra desde que Dios colocó la Luna donde podía ofrecernos unas preciosas mareas... (Krauthammer, 2007).

Efectivamente, esa era la imagen de la Unión Soviética, pero, a la vez, de la propia Rusia, que, al parecer, había desaparecido, pero no del todo. Porque apenas se usaba la palabra "soviet" para nombrar un objeto al que todavía se seguía diciendo "Rusia". La rusofobia de la época era ideológica, pero conservaba los aspectos más clásicos de la mitología antirrusa, incluyendo la metáfora del oso, como hemos visto en la cita. Los americanos, con su creencia en la superioridad técnica y la eficiencia del capitalismo, se vieron humillados y desbordados por la forma en que la URSS les había adelantado en la carrera espacial. Los sentimientos de amenaza ante "el peligro rojo" de la época estalinista se vieron transformados de pronto en un miedo a que ciertamente el comunismo "ruso" superara al *american way of life*. Por otro lado, el comienzo de la turbulenta época de cambio de los años sesenta, de la descolonización y de la revolución cubana, unidos al renovado prestigio científico y técnico del comunismo, dieron alas a una rusofilia que, transformada a veces en apego ideológico, impulsó los nuevos movimientos de izquierdas, luego muy alejados del marxismo soviético.

Con sus varias etapas, la Guerra Fría fue, por supuesto, una época en la que la relación de "Occidente" con "Rusia" pasó por distintas fases, que iban desde la furibunda rusofobia anticomunista hasta la exaltación de lo ruso cada vez que había distensión y políticas de acercamiento. En general, en Estados Unidos dominó la rusofobia —contra los *reds*, no tanto contra los "rusos"—, mientras que en Europa la situación fue muy distinta, dependiendo de países, estratos sociales y, por supuesto, de la cronología. Alemania Occidental tuvo una decidida actitud anticomunista en los cincuenta y primeros sesenta, que iba unida a una cierta rusofobia —pero que, a la vez, se moderaba cuando los soldados que habían

luchado en el infierno del frente oriental comenzaban a convertir en nostalgia sus recuerdos—. Francia pasó de una exaltación rusófila importante a un anticomunismo cada vez más activo y que devino en cierta rusofobia. Aún así, una gran avenida de la capital francesa continúa llamándose Stalingrado y la simpatía "por Rusia" permanece a niveles muy elevados —apoyada en la nostalgia de antiguos militantes comunistas o de sus compañeros de viaje—.

La rusofobia política es fácilmente explicable y no tiene mayor importancia: la rivalidad sistémica entre capitalismo y comunismo se trasladó a los espacios geográficos —pero en realidad a los mapas mentales— que se identificaban con el sistema contrario. "Occidente" y "el bloque del Este", "Rusia" identificada con la URSS y esta con el comunismo, hicieron de las expresiones rusófobas moneda corriente. Lo interesante de la rusofobia de la Guerra Fría es su inserción en una cultura de masas que había invadido por completo las sociedades desde finales de la Segunda Guerra Mundial. La rusofobia cultural se desplegó en una enorme cantidad de objetos, imágenes y narraciones que recogían buena parte de los estereotipos que se habían ido creando.

A lo largo de los años cincuenta —y con antecedentes en la época dorada de Hollywood en *Ninotchka* (Ernst Lubitsch, 1939), en la que Greta Garbo (1905-1990) ya había interpretado a una comisaria rusa—, el cine popular se llenó de imágenes de invasores terribles —extraterrestres muchas veces—, pero que reflejaban el miedo popular a los comunistas rusos. En los cómics, Iron Man se enfrentaba repetidas veces a los espías soviéticos, que eran crueles, pérfidos y, en general, bastante tontos. El propio secretario general soviético Nikita Jrushchov aparecía en aquellos cómics, ordenando a la Viuda Negra, una agente rusa, cometer tropelías en América.

Las imágenes cambiaron con el tiempo, pero no esencialmente. Si en la época de disensión de los años sesenta Hollywood se podía permitir producir una película como *¡Qué vienen los rusos!* (Norman Jewison, 1966), que tenía un mensaje conciliador y emotivo, cada vez que surgía

alguna tensión evidente el cine y las demás artes populares reaccionaban elaborando los prejuicios antirrusos —anticomunistas— más asentados. En 1984, una película titulada *Amanecer rojo* (John Milius) planteaba el escenario de unos Estados Unidos de América invadidos por una fuerza conjunta de rusos y cubanos. La película —el sueño húmedo de cualquier nacionalista americano— tuvo un enorme éxito en el mundo occidental. Lo que atrajo a muchos jóvenes espectadores de la película era la identificación con los adolescentes que se lanzaban al heroísmo de la resistencia y que mataban y morían por ella, más que la idea de la propia amenaza "rusa". Pero lo cierto es que no hay duda de que la oportunidad política era perfecta: después de la decisión de la OTAN en 1979 de establecer nuevos y más modernos misiles nucleares en Europa occidental (al tiempo que ofrecía a la URSS negociaciones de desarme) y de la consecuente respuesta soviética de despliegue de armas propias, la tensión creció extraordinariamente.

Al año siguiente se estrenaba *Rocky IV* (Sylvester Stallone, 1985), una historia en la que la rivalidad de la Guerra Fría se plasmaba gráficamente en la pelea de dos boxeadores, uno soviético —pero mostrado como claramente ruso, eslavo y con la frialdad que el estereotipo le otorga a los "rusos"— y otro italo-norteamericano, la esencia del *self-made man* y del populismo patriótico tan peculiarmente estadounidense. La película, que fue otro de los grandes éxitos del momento —entre otras cosas, gracias a su banda sonora de *rock* duro—, expresaba de forma muy clara el *zeitgeist*, el espíritu de la época. Los dos sistemas se enfrentaban en lo cotidiano y estaba claro que quien ganaba era el sistema capitalista porque la amistad, la entrega y la familia eran muy superiores a la dureza "rusa".

Ese mismo año se había estrenado otro film también protagonizado por Silvester Stallone, *Rambo II* (George P. Cosmatos, 1985), que continuaba explorando las heridas que Vietnam había producido en la sociedad norteamericana, pero al mismo tiempo iniciaba un rearme espiritual que culminaría en *Rambo III* (Peter McDonald, 1988) en la que los enemigos

son, directamente, los soviéticos y que está llena de estereotipos antirrusos. Esta película llegaba en un momento equivocado. El repliegue soviético por la perestroika comenzaba a contrarrestar la rusofobia de la Guerra Fría y a desdibujarla. En 1987, como reflejaba el diario madrileño *El País* (1987), Estados Unidos y Europa vivían una verdadera "gorbimanía", una intensa popularidad de Mijaíl Gorbachov (1931-2022), el secretario general del Partido Comunista soviético que parecía darle la vuelta a todos los tópicos y estereotipos sobre "los rusos". Una verdadera rusofilia se desplegó por Occidente al tiempo que las fronteras se abrían y los contactos se multiplicaban.

En general, todas estas producciones de la época de la Guerra Fría pueden leerse como una expresión del "miedo nuclear" que venía desde que la Unión Soviética consiguió replicar, en 1949, el éxito de los norteamericanos haciendo estallar una bomba atómica. La rusofobia que pudiera haber en ellos tenía más que ver con este tipo de traumas sociales, aunque los estereotipos no dejaran de tener un papel importante a la hora de valorar lo que de peligroso había en la geopolítica internacional.

**Epikaira Current News, 10 de enero de 1980. En la portada, una composición de G. Alikaki muestra al oso ruso abrazando el globo terráqueo tras la invasión de Afganistán. Fuente: Europeana, https://bit.ly/3qiaOzo.**

## EL RENACIMIENTO DE LA RUSOFOBIA

El uso contemporáneo del término "rusofobia" es muy reciente. En realidad proviene de la última etapa de la Unión Soviética. En el contexto de entonces, con las diversas reclamaciones de las repúblicas y sus movimientos nacionalistas exigiendo desde mayores libertades hasta la completa separación, el papel de Rusia era muy complicado. Se le atribuía —con razón— el haber sido el núcleo de la homogeneización cultural de la Unión Soviética, en una forma de imperialismo que continuaba al zarista e incluso lo superaba. La imposición del ruso, la migración de rusos a la periferia originada por la industrialización y la reconstrucción de la posguerra, así como la creación de un estándar cultural soviético basado en el de Rusia, produjo fuertes reacciones antirrusas en la URSS. Por un lado, los movimientos nacionalistas de los

distintos territorios soviéticos no rusos construyeron la imagen de que lo soviético era, en realidad, lo "ruso". Y, por otro, los mismos rusos comenzaban a considerar lo "soviético" como ajeno, e incluso como enemigo de lo "ruso", algo que, desde fuera, podía parecer por entonces incomprensible.

Considerar a "Rusia" como una nación había sido difícil desde las revoluciones de 1917. Tras la derrota de monárquicos, liberales y socialistas en la guerra civil rusa a manos de los bolcheviques, estos consolidaron su poder y lo extendieron sobre la mayor parte de los territorios del antiguo imperio. Tras la firma del tratado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1922, las narrativas nacionales sobre la nación de los zares, que había sobrevivido a invasiones y guerras y al terrorismo revolucionario hasta 1917, habían desaparecido por completo o estaban sometidas a una crítica radical. La palabra "Rusia" había sido proscrita tácitamente, como sujeto del "chovinismo ruso" que Lenin atacara con saña desde el primer momento de su gobierno. Para muchos de los jóvenes que habían hecho la revolución, en especial la clase urbana y las minorías rectoras bolcheviques, la nación era un simple fenómeno social burgués, destinado a desaparecer en el crisol de la nueva sociedad. La nación rusa era la "cárcel de pueblos" que se sostenía sobre las tradiciones más reaccionarias del régimen autocrático y que expresaba las más oscuras actitudes del pueblo ruso. El antisemitismo y la xenofobia eran considerados hijos de aquel saber nacional tan denostado.

Este desprestigio de la nación rusa se compaginaba con la creación y construcción de nuevas naciones dentro de la URSS. Bajo los bolcheviques se compilaron diccionarios de lenguas minoritarias, se trazaron fronteras de pueblos remotos, se diseñaron organismos nacionales y regionales que actuaron para inventar hechos, culturas y tradiciones nacionales. Chuvasios, kalmukos, tártaros, komis…, decenas de pueblos minoritarios recibieron el estatus nacional. Incluso se creó una república —muy alejada del centro, en una región remota— para albergar a los judíos. De este modo, Rusia no solo estaba desterrada como

idea, sino que también se veía retada por nacionalismos que crecían dentro de su propio territorio y en los aledaños del imperio.

Para muchos nacionalistas rusos, la propia existencia de Rusia estaba en entredicho. El nacionalismo ruso como expresión política no existía, aunque era a veces agitado por el poder en algún momento concreto, como durante la Segunda Guerra Mundial. Solo durante los años sesenta del siglo XX, comenzó un proceso de verdadero renacimiento del etnicismo ruso, tanto en su forma moderada como "patriotismo" —que se mezclaba con el soviético— hasta la más radical y nacionalista que, en los años ochenta, se convirtió incluso en neofascismo. Esta pulsión nacionalista invadió el partido y los centros de poder soviéticos y se convirtió en un agente activo de importancia para el desarrollo de la política interior y exterior que llegaría hasta el final de la URSS y más allá.

A todo esto se unió la profunda crisis en la que estaba sumida la propia Federación Rusa dentro de la URSS, con un declive demográfico importante y un deterioro de las condiciones de vida perceptible. Es cierto que las causas del declive demográfico de los rusos durante finales de los setenta y primeros ochenta tuvieron su origen, en buena medida, en el mayor grado de modernización social de la Federación Rusa —sobre todo en comparación con las repúblicas soviéticas de Asia central—. Las mujeres de la Federación Rusa, como integrantes de una sociedad moderna, ya no tenían tantos hijos y retrasaban el momento de la concepción. Por su parte, la degradación de las condiciones de vida se correspondía con la incapacidad manifiesta del sistema de socialismo de Estado para mantener el crecimiento en un contexto de una nueva revolución industrial —la digitalización— y de globalización profunda de los flujos económicas.

Dentro de la URSS la oposición se definía a sí misma como "antisoviética", no esencialmente "antirrusa" —pese a ciertos estereotipos negativos en Ucrania, Georgia y el Báltico—. No hay que olvidar que la "actividad antisoviética" era reconocida como delito por el

código legal soviético y perseguida por la policía. Pero la idea que se fue difundiendo en Rusia por aquel entonces —si bien culpaba al sistema socialista— tenía también otros rasgos que podríamos decir "racistas". Se creó una conciencia de que las otras repúblicas eran unas "parásitas" que se aprovechaban de Rusia y de su grandeza, que la sojuzgaban con sus exigencias. El relato era que el sistema perjudicaba a los rusos y beneficiaba a los demás. Esta acabó por ser una de las principales razones que explican por qué el separatismo de las otras repúblicas en el momento del hundimiento de la URSS produjera tan escasa reacción negativa en los rusos, incluyendo el propio Ejército soviético, que estaba controlado por rusos étnicos (Faraldo, 2020).

En definitiva: la cultura de masas, las películas, los libros y las revistas de divulgación, las publicaciones nacionalistas clandestinas, incluso los nacionalistas rusos dentro del partido y las instituciones, habían comenzado a extender entre el pueblo ruso el sentimiento que había ido creando anteriormente la disidencia nacionalista rusa: Rusia había sido la gran víctima de la revolución y del sistema soviético, su cultura había sido destruida, su medio ambiente aniquilado y la demografía del pueblo ruso estaba retrocediendo. Los rusos lo habían dado todo y, a cambio, solo habían recibido odio y desprecio, como, por ejemplo, afirmaba Igor Shafarevich en su "Rusofobia", un artículo —luego libro— influyente y verdaderamente importante para comprender hasta qué punto la *intelligentsia* nacionalista rusa estaba volviendo a mirar modelos del pasado y a construir con ellos teorías de autoestima nacional.

## SHAFAREVICH, LA DISIDENCIA Y LA RUSOFOBIA

De hecho, fue este texto el que contribuyó de forma decisiva a la extensión del uso de la palabra "rusofobia" en el país. La rusofobia no era algo que, durante la Guerra Fría, se hubiera podido usar como concepto para calificar la aversión contra "Rusia", porque incluso si consideramos

que en Occidente era habitual nombrar la parte por el todo y decir "ruso" cuando se quería decir "soviético", lo cierto es que el enemigo era el comunismo, no el país en sí. Cuando Igor Shafarevich reintrodujo el uso de la palabra y lo consolidó, su aportación llegó en el momento adecuado: "reconfiguró la hostilidad exterior para una eventual era postsoviética al tiempo que daba cuenta de la rivalidad interétnica en el espacio soviético y postsoviético" (Borenstein, 2019: 105). Shafarevich, pues, dio con el tono de la época. El libro, en realidad un folleto, fue escrito hacia 1980 y conoció una larga serie de ediciones y reescrituras. En su primera versión era un repaso a determinadas críticas hacia Rusia expuestas por las diásporas soviéticas en el extranjero y por algunas posiciones dentro de la disidencia soviética de los años setenta. El texto tenía un cierto regusto antisemita que se fue recrudeciendo con las diferentes versiones.

Igor Shafarevich (1923-2017) fue un matemático y escritor ruso nacido en Zhytomyr, una ciudad de Ucrania. Niño prodigio, se graduó en la Universidad Estatal de Moscú en 1945 y antes de cumplir los 30 ya había conseguido ser doctor en Ciencias, algo que en el sistema académico soviético solía llevar una o dos décadas. En su carrera como matemático, Shafarevich hizo contribuciones significativas a la geometría algebraica y la teoría de números. A lo largo de los años sesenta, Shafarevich fue tomando conciencia de la situación de falta de derechos ciudadanos en la URSS y se acercó a la oposición. Aplicó a su análisis del pasado traumático ruso la misma incisiva vehemencia que a su investigación matemática.

En 1970 publicó un libro titulado *Socialism in our past and future* (*El fenómeno socialista*, Editorial Magisterio Español, 1978), en el que argumentaba que el socialismo era en sí un fenómeno inherentemente destructivo y que ninguna de sus versiones o reformas podía cambiar este hecho. Shafarevich se remontaba a Platón y continuaba desgranando una visión muy particular de la historia de los movimientos socialistas —a los que equiparaba con un tipo de pensamiento pararreligioso— para criticar el colectivismo. Al mismo tiempo, denostaba ese sistema de pensamiento

como algo que había sido impuesto a Rusia desde el exterior, lo que daría pie a sus trabajos posteriores, que eran ya claramente nacionalistas. El libro también fue muy controvertido en la Unión Soviética, dado que cuestionaba todas las bases del sistema soviético, no solo en cuanto a sus prácticas de derechos humanos o su política económica, sino que ponía en tela de juicio hasta la legitimidad de su proyecto de futuro. Eso llevó a que Shafarevich fuera considerado como uno más de los disidentes de la época y sujeto a vigilancia y a censura. Pese a ello, Shafarevich continuó su camino crítico, radicalizando sus posturas. En los años ochenta se convirtió en líder de la oposición intelectual en la Unión Soviética y participó en el movimiento disidente. Colaboró en varias ocasiones con Aleksandr Solzhenitsyn, en especial en la recopilación *From under the rubble* (Bajo los escombros), un libro que recogía textos de varios disidentes y que hizo patente el hecho de que el nacionalismo ruso estaba resurgiendo y que estar en contra del sistema soviético no significaba necesariamente ser demócrata.

Pero el gran cambio vendría cuando publicó "Rusofobia" en 1980. En este texto, Shafarevich argumenta que la rusofobia, entendida como odio o miedo hacia Rusia, ha constituido un impulso permanente en la historia de Europa y ha sido el origen de muchos de los conflictos entre Rusia y el resto del mundo. La rusofobia habría sido alimentada por la propaganda occidental para justificar la intervención en Rusia y combatir su influencia o su extensión. Según Shafarevich, la rusofobia había sido especialmente intensa en los países de Europa del Este, que siempre que han sido independientes o soberanos han llevado una política antirrusa.

Al contrario que el libro anterior, que había sido bien recibido fuera de la URSS y contó con traducciones tempranas —en España ya en 1978—, "Rusofobia" fue visto con justicia como una expresión de nacionalismo que no tenía en consideración muchos otros factores. Para él, rusófobos eran los disidentes en el exterior que criticaban a Rusia —como Alexander Yanov, Grigory Pomierants o Alexander Galich—, pero también lo eran otros extranjeros como el historiador Richard Pipes o el

filósofo Friedrich Hayek, que explicaban los crímenes del sistema comunista a partir de la tradición rusa (Brun-Zejmis, 1996). El libro de Shafarevich sirvió entre otras cosas para darle argumentos a las corrientes prosoviéticas en el mundo occidental que señalaban a los disidentes como "fascistas", "nacionalistas" y, en general, peligrosas compañías. El libro contenía pasajes y argumentos que pueden ser calificados como de antisemitas sin ninguna duda. Shafarevich desplegaba teorías conspirativas sobre el papel de los judíos en la Revolución de Octubre y en la Revolución francesa, sugiriendo que los judíos han sido históricamente una fuerza destructiva en la sociedad. Según él, los responsables de catástrofes y revoluciones son siempre el "pequeño pueblo", una minoría —que él identifica con masones y judíos— cuyo afán es destruir la civilización y cambiarla a su antojo. En Rusia, según Shafarevich, los bolcheviques representaron ese papel, impulsados por el "elemento semita" que estaba completamente impregnado de rusofobia.

Evidentemente, estas ideas —que se presentaban como análisis científicos— no eran otra cosa más que la repetición de tópicos y estereotipos antisemitas que se pueden encontrar en muchas otras culturas y que, en el caso europeo, tienen su origen en el siglo XIX: la lucha contra los movimientos revolucionarios y socialistas y el comienzo del entrelazamiento entre nacionalismo, vigilancia moderna y racismo biológico o cultural. Sin embargo, aplicados a Rusia, representaban no tanto un renacimiento del viejo antisemitismo de la época zarista —que, por otro lado, había atravesado incólume los tiempos soviéticos—, sino el comienzo de una nueva idea mucho más perversa: rusófobo era todo lo que retara la interpretación de los rusos como una nación étnicamente homogénea, de Rusia como un Estado cuya tarea era subsistir ante los acosos de los enemigos y de la cultura rusa como impregnada del conservadurismo más esencialista y ligado con la Iglesia ortodoxa. De este modo, las visiones liberales, socialistas, anarquistas, incluso socialdemócratas o cristianodemócratas como habían florecido antes de 1917, recibían el anatema como "rusófobas". Capitalismo y socialismo,

como hijos de la Ilustración, eran los enemigos principales y por igual de la Vieja Santa Rusia.

Después del colapso de la Unión Soviética, Shafarevich continuó con su defensa del nacionalismo ruso, profundizando en su crítica al capitalismo y atacando la globalización en los términos habituales para los extremismos de la época. Su trabajo había abierto la puerta a los ultranacionalistas de todo tipo. Shafarevich falleció en 2017, no del todo olvidado, pero sin interpretar un papel importante en el discurso político e intelectual de la Rusia postsoviética.

## EL FIN DE 'EUROPA ORIENTAL'

Por un tiempo, después de la caída del muro de Berlín y del hundimiento de la URSS, pareció que la división entre las dos partes de Europa había desaparecido. Al menos, se inició un debate acerca de ello. Ya en 1959, el presidente francés, el general Charles De Gaulle (1890-1970), había hablado de que Europa se extendía desde "el Atlántico a los Urales", para incluir, de forma muy explícita, a la Unión Soviética dentro del proyecto europeo. Era una forma, para el general de la Resistencia, de oponer la Europa que se estaba creando a un bloque angloamericano que le parecía amenazador, tanto para la hegemonía francesa que pretendía mantener sobre el continente como para la construcción de una paz posible. De Gaulle conocía Rusia —estuvo en el Ejército polaco después de la Primera Guerra Mundial, combatiendo a los bolcheviques, y llegó a participar en la marcha sobre Kiev—, pero incluso había creado lazos con Mijaíl Tujachevski, el que luego sería mariscal del Ejército rojo, por haber estado como prisionero de guerra con él en una cárcel alemana durante los años 1916 a 1918.

Años después, el propio Gorbachov diseñó el proyecto de "la casa común europea", una idea de unión del Este y el Oeste que apuntaba a la eliminación de los conflictos y las diferencias entre ambas partes del

continente. Esta idea, primero apuntada en 1987, sirvió para impulsar en Europa una denominada *gorbimanía* que tuvo un papel importante en la eliminación de muchos prejuicios contra Rusia desde el comienzo de la perestroika. Que esos prejuicios no son fáciles de hacer desaparecer lo demuestran las posiciones contra la idea de unidad mantenida por algunos intelectuales occidentales que pensaban que se trataba de tan solo de una estratagema comunista —cuando no simplemente rusa— para engañar al confundido y debilitado Occidente y contratacar después con renovadas fuerzas.

Sin embargo, todo aquello coincidía con los debates de la historiografía centroeuropea acerca de si, tras la caída del Muro de Berlín, se podía seguir hablando de "Europa oriental" o si había que desechar el concepto por ser poco productivo y alejado de la realidad presente. En forma muy optimista —aunque con argumentos bien fundados— resumía el historiador vienés Wolfgang Schmale la polémica afirmando en un artículo que Europa oriental "era una región histórica, pero una que estaba dejando de existir" (Schmale, 2008). En la Europa unificada posterior a 2004 las constelaciones de intereses entre unos países y otros habían cambiado enormemente, y ya no seguían la lógica de los bloques. Los pactos y las maniobras dentro de la Unión Europea llevaban a menudo a la formación de coaliciones y grupos muy alejados de la propia pertenencia geográfica. Intentos de agrupar regionalmente a países del antiguo "Este", tales como "el grupo de Visegrado" (formado por Polonia, Hungría, Chequia y Eslovaquia), tuvieron un éxito solo relativo, entre otras cosas porque las tensiones en torno al conflicto ruso-ucraniano desde 2014 mostraron claramente la diversidad de intereses y visiones entre sus miembros. Es verdad que la posterior invasión de Ucrania en febrero de 2022 cambió la situación y la ambigüedad, excepto en el caso de Hungría, se hizo mucho menor. Pero si hoy día hasta Ucrania es vista como parte integrante de Europa y el concepto de "Europa oriental" está limitada a Bielorrusia y la Federación Rusa, es señal de que lo más probable es que el estereotipo acabe por desaparecer.

A lo largo de los años desde 1991, la conceptualización regional mutó a gran velocidad: los países bálticos —Estonia, Letonia y Lituania— pasaron a ser cada vez más asumidos como "nórdicos", las repúblicas checa y eslovaca, así como Hungría, engrosaron el concepto de "Europa central" —como en la época de entreguerras—, y Rumanía, Bulgaria y, por supuesto, los antiguos países que habían compuesto Yugoslavia, habían pasado a ser, sin más, los Balcanes, o Europa del Sur —junto con una Grecia que nunca había dejado de serlo—. Solo el caso de Polonia seguía presentando dificultad conceptual, sobre todo por su tamaño. Si la cooperación regional de la franja báltica era con el Norte, el resto del país miraba a Alemania y, con ello, a Centroeuropa. La idea de una Polonia como "Europa oriental" se resiste a desaparecer, pero cada vez con menos fuerza, mientras que la adscripción de Georgia o Armenia a una u otra región sigue siendo compleja.

Hablar de una "Europa oriental" es, pues, un simple lugar común, aunque una cierta conciencia de ella se mantenga en aspectos incluso anecdóticos, como las votaciones del Festival de Eurovisión, donde la tendencia del público del Este de Europa es a votar a los representantes del antiguo bloque, a favor de sus vecinos y, generalmente, contra Rusia, en una muestra de rusofobia colorida que tiene también mucho que ver con la homofobia oficial de los sucesivos Gobiernos de Putin. El fin de "Europa oriental" como concepto ha tenido, pues, una influencia decisiva sobre la singularización de "Rusia" como un "otro", ajeno, desagradable incluso.

## RUSIA Y EUROPA

El concepto rusófobo de expulsar a Rusia de lo europeo y confinarla, bien en lo asiático, bien en la "Europa del Este", o en un espacio intermedio entre Asia y Europa, tiene su contrapartida. En los últimos años, progresivamente, los rusos han dejado de sentirse Europa. Si durante la

perestroika y los años noventa, lo "europeo" era en Rusia el modelo cultural y social a seguir, el cierre progresivo de la sociedad —impulsado por el poder— desde 2014, ha conducido a la construcción de un cierto nuevo orgullo que es, sobre todo, antieuropeo. Rusia ahora es Rusia, y no es, ni puede ser Europa. La "casa común" de la que hablaba Gorbachov está cada vez más alejada.

De hecho, para entender el contexto de la rusofobia, no se puede evitar el debate sobre si Rusia se puede considerar Europa. Como ya vimos, la disociación de Europa occidental y oriental como dos zonas culturales diferentes del continente europeo y su contraposición en forma de la oposición de valores y significados tiene una antigua tradición, que incluso llega a Herodoto, que ya se quejaba de la terrible climatología del Este europeo. Pero se trata de un debate cultural muy antiguo. El filósofo Alexander Koyre opinaba que "se puede decir que toda la historia intelectual de la Rusia moderna está dominada y determinada por un único hecho: el hecho del contacto y la oposición entre Rusia y Occidente" (Koyre, 1976: 12).

Generalmente, desde fuera, se han planteado dos visiones distintas sobre Rusia: o bien una "sociedad occidental aberrante en muchos asuntos pero aun básicamente 'europea', o bien una extraña sociedad que era imposible comprender a través de la teoría política desarrollada sobre la base del estudio de Occidente" (Conquest 1974: ix). A menudo se ha encontrado el origen de las diferencias entre "Europa" y "Rusia" en la ortodoxia y en la conquista mongola. Esta peculiar historia rusa habría producido una sociedad por completo dependiente del Estado, acostumbrada a las jerarquías, sin expresión propia ni autonomía. En Rusia, se supone, lo importante ha sido el mantenimiento del Estado, su continuidad. En la tradición rusa ha faltado siempre una sociedad civil autónoma, lo que producía una necesidad de gobierno desde arriba que se reflejaba tanto en la autocracia tradicional como en aquellos que la combatían y, que, eventualmente, llegaron a hacerse con el poder tras la revolución. Pero, por otro lado, también hubo toda una serie de

desarrollos paralelos al resto de Europa, algo que era evidente antes de 1917 pero que fue abortado por la Revolución de Octubre. De alguna manera, eso es lo que han planteado muchos autores, desde Richard Pipes a Orlando Figes: la revolución no fue más que la continuación de la tradición rusa de otra forma.

El punto decisivo de la divergencia entre Europa y Asia en el contexto ruso estaría en la conquista tártaro-mongola. Durante 250 años, justo la época durante la que se estaba produciendo el Renacimiento en Europa, estos pueblos gobernarían los Estados sobrevivientes a la desintegración de la Rus de Kiev. Esto habría impedido la asimilación de Rusia al resto del continente y habría sido el origen del prejuicio de los rusos como asiáticos, de su ajenidad y otredad en relación al resto de Europa. Pero, por otro lado, los tártaros proporcionaron al dividido territorio ruso una unidad territorial, política y social basada en la igualdad ante la sumisión al kan: "Se ha dicho [...] que Rusia fue conquistada dos veces: primero por el ejército mongol y luego por la idea mongola del Estado" (Szamuely, 1974: 18). Este es un concepto repetido una y otra vez, tanto por detractores de Rusia como por sus valedores: la diferencia entre "Europa" y "Rusia" se halla en el acontecimiento que alejó a la Rus de Kiev, un Estado europeo relativamente normal, del resto del curso de los acontecimientos del continente. Para unos, supuso una tragedia; para otros, el origen de una identidad propia. En cualquier caso, el tópico de que Rusia no es Europa o que hay diferencias esenciales es uno de los principales mitos de la rusofobia.

La rusofobia se basa en buena medida en la idea de que la historia rusa es un continuo en el que las características del "pueblo ruso" —en este caso, las negativas— no han cambiado a lo largo del tiempo y se han transmitido incluso durante la URSS. Los famosos estereotipos del "alma rusa", la "Rusia eterna" o la "Rusia que no puede ser comprendida con la razón", creados durante el Romanticismo ruso y que se siguen repitiendo una y otra vez, sirven de rieles para conducir las visiones positivas de Rusia, pero también muestran la idea de una continuidad que se añade

también a la "barbarie", "crueldad" o "suciedad" del pueblo ruso (Boym, 1995).

El debate intelectual sobre esa continuidad fue especialmente complejo cuando se pretendía explicar el origen de la dictadura comunista soviética atendiendo a las pautas de la historia rusa tradicional. La idea de que todos los horrores del estalinismo provenían de la tradición y la historia rusa, y que había una continuidad evidente entre ellas, ha sido uno de los mitos rusófobos principales. Aunque desde el punto de vista de la investigación histórica hay algunos indicios de la perduración de aspectos de la cultura política prerrevolucionaria, lo cierto es que esto no es suficiente para diseñar una línea de continuidad entre la violencia habitual en la Rusia zarista y la brutalidad revolucionaria y de ingeniería social del socialismo bolchevique. Es verdad que "ciertas pautas de comportamiento económico y de pensamiento de la Rusia del siglo XIX e, incluso, ciertos elementos del populismo, han entrado en la corriente de desarrollo económico soviético. Tales herencias, en cualquier caso, pueden aclarar, pero difícilmente explicar, la teoría y la práctica económica de la Unión Soviética actual" (Simmons, 1955: 5). Y continuaba replicando a quienes —a menudo— describían el "totalitarismo soviético" como una continuación de la "autocracia zarista", afirmando que las diferencias eran más poderosas que las coincidencias y que no bastaba con dibujar analogías entre Stalin e Iván el Terrible o Pedro el Grande. Había, sí, permanencias en los cánones culturales: los autores considerados clásicos, los músicos nacionales, los poetas y artistas recordados por las escuelas. Pero estas aparentes continuidades no pueden hacernos olvidar las diferencias y cambios a lo largo del tiempo: si en la Unión Soviética era conocido que los conductores de autobús —por ejemplo— leían a Tolstói, esto era posiblemente porque la oferta cultural era relativamente limitada. En los tiempos posteriores a la perestroika, los autores de novela negra o de ciencia ficción sustituyeron a los clásicos sin solución de continuidad.

Las "precondiciones sociales", económicas, culturales y políticas de la

Rusia de los zares a la hora de explicar la revolución o el supuesto atraso ruso son mencionadas a menudo para cargar contra los horrores de la época sovietica (Billington, 2011). También los marxistas se quejaron a menudo de que Rusia no estaba preparada para el socialismo, que simplemente no había sido posible, atendiendo a las dificultades creadas por el pasado ruso. En otros casos, han sido liberales quienes han constatado y descrito la falta de sociedad civil y burguesía "normal" en Rusia, y a ello achacan la catástrofe desencadenada por la revolución y a la revolución misma, como una muestra de la falta de condiciones sociales y económicas para construir una sociedad liberal y de mercado en la Rusia zarista (Figes, 2006). Estas valoraciones del pasado ruso como rémora de su "normalización" con Europa han sido vistas muchas veces como rusofobia. En forma no muy distinta a como ciertos hispanistas veían en la supuesta tendencia anarquista española la causa de la Guerra Civil y del retraso social y económico de España, los prejuicios antirrusos se utilizaban para explicar la violencia, el autoritarismo, la debacle económica y la elección de un camino hacia la modernidad que se reveló como sin salida.

Estos debates nos muestran la perduración de tradiciones de Estado desarrolladas a largo plazo, en la "larga duración" y de permanencia de determinadas tradiciones culturales en la "alta cultura". Sin embargo, describir de qué forma estas continuidades se mantuvieron supuestamente intangibles a lo largo de los siglos y cruzando el meridiano de la revolución, resulta cuando menos complicado. Aunque haya algún caso de transmisión cultural a lo largo del tiempo, y algunos aspectos de la historia sean de mayor duración que otros, lo cierto es que nada es inmutable y que la acusación rusófoba que ve los aspectos negativos del presente en el pasado es, por supuesto, insostenible.

CAPÍTULO 4

# PREJUICIO Y PROPAGANDA

En el famoso "debate de la cocina", la charla informal en una exposición de logros americanos en Moscú en 1959, el entonces vicepresidente norteamericano Richard Nixon y el secretario general del partido soviético, Nikita Jrushchov, discutieron acerca de las diferencias entre los dos países. Jrushchov se burlaba de los Estados Unidos diciendo que en casi doscientos años apenas habían hecho nada, mientras que la URSS, que era una *nación* joven, con poco más de cuarenta años por entonces, había logrado alcanzar un nivel económico muy elevado. La URSS no era Rusia, ni lo fue nada más que considerada desde el exterior, desde el prisma de los prejuicios rusófobos. La URSS era, sí, el Estado de los rusos, pero los rusos no consideraban que fuera "su" nación. Ni siquiera en los mayores momentos de confusión de Estado y nación, durante el final de la Segunda Guerra Mundial. Y, sin embargo, treinta años después de su final, la Federación Rusa juega a reclamar para sí toda la herencia y toda la continuidad de aquel Estado.

## RUSOFOBIA TRAS LA URSS

Después del derrumbe del sistema soviético en 1991, pareció que todo lo que tenía que ver con él había sido enviado al basurero de la historia. En aquellos tiempos, literalmente, los cubos de basura de todo el bloque del Este se llenaron de libros de Marx y Engels, de medallas de Lenin, de uniformes de pioneros, de objetos de la vida cotidiana que habían sido

sustituidos por otros "occidentales", que parecían mejores, más efectivos, más atractivos. La URSS había desaparecido y con ella su cultura, sumergida en una Atlántida perdida en el mar de los nuevos tiempos. Pero como en las viejas historias, la Atlántida comenzó a resurgir al cabo de un tiempo. El legado de los setenta años de un sistema alternativo al occidental parece haber sido mucho más profundo de lo que se pensaba por entonces. En el espacio postsoviético, las naciones creadas durante el sistema y que alcanzaron la independencia después —incluyendo la nueva Rusia, ¡que no es la antigua!—, desplegaron nuevas formas de vida y nuevos objetivos, cada vez más dispares. Donde antes había solo un imperio se extendían una larga serie de naciones-Estado (o que querían serlo). Solo la Federación Rusa, que se veía a sí misma cada vez más como la continuación de la URSS, pareció incapaz de escapar del trauma imperial y de aceptar su pérdida de estatus.

Porque aunque la nostalgia y el recuerdo del pasado soviético fueran muy profundos en las repúblicas del Asia central, en Armenia, en Bielorrusia, en buena parte de Georgia y de Ucrania y, por supuesto, en las minorías rusófonas del Báltico y de Kazajistán, lo cierto es que el único país postsoviético que asumió la herencia de la URSS fue la Federación Rusa. Y esto también fue utilizado por las élites nacionalistas de algunos de estos países para esconder la responsabilidad local del pasado y cargarle el muerto de los errores del sistema socialista a Rusia. Los postcomunistas bálticos, que tuvieron un papel importante en la separación de sus países, impulsaron la transferencia de responsabilidad hacia los rusos, lo que confluía con el discurso de las resistencias y las disidencias antisoviéticas de que "Rusia" los había ocupado y de que "Rusia" no era Europa, sino "Asia". El régimen comunista era asiático y les había traído cuarenta años de separación de la región histórica a la que habían pertenecido.

Una rusofobia ciertamente real se desarrolló en estos países en las etapas finales del socialismo de Estado y los años noventa. En todos estos países, de forma diversa, se desarrollaron políticas de contención de las

minorías rusófonas, minorías a veces muy amplias, como en Letonia, donde casi el 30% de la población provenía de la migración soviética posterior a la ocupación de 1944. En la Letonia postsoviética se desarrolló una política de nacionalidad muy dura, que convirtió a una parte importante de la población —especialmente los mayores, que no habían aprendido letón durante la época soviética— en ciudadanos de segunda, los llamados "no ciudadanos" (en letón, *nepilsoņi*; en ruso, *неграждане*). La legislación posterior a la independencia los definía como "personas con derecho de residencia permanente en Letonia que no tienen ni la ciudadanía letona ni ninguna otra ciudadanía" (Rupp, 2007: 37-38). Todavía en 2022, y tras toda una serie de cambios legales, en parte por presiones europeas, el 9,6% de todos los residentes en Letonia no eran considerados ciudadanos. Esto también es una muestra clara de los errores y la ceguera de las políticas rusófobas: buena parte de los ciudadanos —no todos rusos étnicos— que se habían quedado, ante las dificultades para recibir la nacionalidad letona, se habían decidido por aceptar la rusa. Esta política, por tanto, alienaba a decenas de miles de posibles ciudadanos que se convertían así en ciudadanos de otro país y —como se demostró luego— más receptivos a la propaganda exterior de la Federación Rusa de Putin.

Porque cuando la URSS se disolvió, más de 25 millones de rusos se encontraron de pronto separados de sus familias por las fronteras de los nuevos Estados. En la URSS, los rusos étnicos habían sido considerados como privilegiados. Aunque una parte de ellos estaban asentados en los territorios desde hacía siglos, muchos habían llegado recientemente, bien a través de las deportaciones y movimientos de pueblos impulsados por la ingeniería social del estalinismo, o atraídos por las nuevas oportunidades abiertas por la industrialización, sobre todo en los años cincuenta y sesenta. O por circunstancias muy diferentes: Moldavia y Crimea, por ejemplo, se convirtieron en el lugar preferido de asentamiento de jubilados del Ejército soviético. Las mezclas y matrimonios mixtos fueron muy elevadas en algunos lugares, lo que complicó más aún la situación.

Todos ellos constituían el núcleo del Estado soviético, gente que se había convertido en la nueva clase media a lo largo de los años sesenta y setenta y que, fueran o no partidarios del sistema, estaban satisfechos con el ámbito territorial y cultural —la omnipresencia de la lengua rusa— de su existencia.

Muchos de esos nuevos Estados gozaban de soberanía nacional e independencia por primera vez, a otros se la había arrebatado la conquista soviética no hacía tanto y los recuerdos de la época de entreguerras estaban bien vivos. La mayoría de estos Estados impulsaron desde el primer momento políticas para reforzar la identidad nacional en torno al grupo titular de la nación, lo que significaba a menudo o bien integrar o bien desclasar y limitar los derechos a las minorías rusas. Estas minorías buscaban a veces convertirse en *lobbies* dentro de los nuevos Estados y dirigir la política hacia una situación más favorable para ellos, como sucedió en los países bálticos. Otras clamaban por el irredentismo, si era posible por su concentración en un determinado territorio —como en Transnistria, la región moldava que se separó por la fuerza—. Por fin, otra opción era emigrar hacia alguno de los países más favorables para ellos, en general hacia la Federación Rusa (aunque hubo miles de ucranianos o kazakos que "volvieron" a sus territorios respectivos).

En cualquier caso, pocas veces fueron las políticas con los rusos étnicos —o con los rusófonos, que poco a poco se fueron identificando con Rusia— favorables para ellos. En el Asia central, los rusos conservaron parte de su estatus, pero, en general, en el resto de países se vieron forzados a integrarse de alguna forma en los nuevos Estados. Esta situación de cierta imposición étnica y del desclasamiento de quienes habían sido privilegiados en otra época, produjo resistencias en las poblaciones rusófonas. A veces se demostraba la resistencia mediante el bloqueo de la retirada de una estatua soviética, y otras a través de los votos a partidos que reflejaban sus preocupaciones. En cualquier caso, esta rusofobia real les hizo muy accesibles a la influencia de las políticas de propaganda cultural del Kremlin. Las acusaciones de rusofobia de los

propagandistas del régimen de Putin se convirtieron en la realidad cotidiana de algunas personas. Esto hizo cambiar también la identificación de muchos de ellos con Rusia: si el hablar ruso no siempre ha implicado ser ruso, la experiencia discriminatoria, sumada a los cantos de sirena del concepto del *russkii mir*, el "mundo ruso", propugnado por la Federación Rusa, ha llevado a muchos integrantes de las minorías a proclamar una identidad "rusa" que antes no estaba nada clara.

Esto ha sido esencial para comprender qué ha sucedido desde el estallido de la guerra de Ucrania en 2022 —aunque ya antes, desde 2014 al menos—. A consecuencia de ello ha habido un incremento dramático de la rusofobia en varios países. Los bálticos han incrementado sus medidas para asimilar a la población rusófona y para expulsar o limitar a los rusos con pasaporte de la Federación Rusa que habían escogido estos países para vivir. Igualmente, en Finlandia o Polonia —cuyo Gobierno ultraderechista, pese al tópico, miraba con relativos buenos ojos a la conservadora Rusia de Putin—, los Gobiernos han desarrollado, impulsados por el rechazo de la población a las políticas rusas, algunas políticas de limitación o aislamiento de lo ruso, incluyendo la construcción de muros fronterizos que, con la excusa rusa, tienen otros objetivos mucho menos claros. Las políticas de sanciones cada vez más amplias de Occidente no pueden considerarse, por supuesto, como rusófobas, pero contribuyen al sentimiento de muchos rusos de que no son deseados o queridos fuera de Rusia.

También las acusaciones de que los servicios secretos rusos han intervenido en las elecciones norteamericanas o han apoyado a movimientos como los separatistas catalanes han impulsado sentimientos de odio o desprecio a Rusia. Aunque las manifestaciones hostiles están dirigidas contra el Estado ruso y sus políticas, también han afectado, por supuesto, a los ciudadanos rusos como individuos. Pero no hay que olvidar otro aspecto de este problema: la intervención en las elecciones americanas a favor de Donald Trump hizo que muchos republicanos olvidaran sus antiguos prejuicios antirrusos —por comunistas—. La

rusofobia, como ideología que es, puede transformarse o desaparecer.

## ¿POR QUÉ EL ENFRENTAMIENTO?

Historiadores como Mark B. Smith (2019) consideran, al examinar el contexto histórico de la relación entre Rusia y Occidente, que, a pesar del final de la Guerra Fría y el colapso de la Unión Soviética, las tensiones han persistido, en gran parte debido a la falta de comprensión de las narrativas históricas, los valores y los intereses de la otra parte. Según Smith, la forma en que esta falta de entendimiento ha contribuido a una serie de malentendidos y malas interpretaciones entre ambas partes, ha conducido a un "ciclo de desconfianza y hostilidad". Es evidente que Rusia ha percibido las políticas de ampliación de la OTAN y de promoción de la democracia liberal en los Estados postsoviéticos como una amenaza directa a su seguridad y soberanía. Puede que esto, en origen, no fuera imaginado así por los países miembros de la OTAN —más allá de alguna veleidad nacionalista en Polonia o el Báltico—, pero el hecho es que así ha sido. Algo ha debido fallar para que la misma OTAN,que todavía en 2012 ofrecía a la Federación Rusa el estatus de socio preferente, entrara en 2022 a ayudar en el esfuerzo de guerra de Ucrania, un país que ni siquiera era miembro de la Alianza.

Smith y otros críticos también han explorado el papel de la política interior y de los medios de comunicación en la formación de la percepción pública de Rusia en Occidente, así como el impacto de la propaganda rusa y de las campañas de desinformación en la política y la sociedad occidentales. Los críticos más ecuánimes —como el propio Smith— acusan a ambas partes de demonizarse y estereotiparse mutuamente, lo que ha contribuido a ahondar una profunda división que, en principio, no tenía por qué haber sido así, ni haber llegado a tal abismo de desconfianza y enemistad. Eso es muy cierto, pero también es como no decir nada, porque cualquier país en el mundo podría reclamar

lo mismo: la imagen de Estados Unidos es, posiblemente, la peor en todo el globo, mientras que el odio a Israel es constante y extendido. Incluso países como España —aparentemente inocentes— pueden dar testimonios de hispanofobia, prejuicios o mero desconocimiento.

Otro autor, Berenstein, ha examinado con detenimiento la evolución de las percepciones de la rusofobia en la Federación Rusa desde el fin de la URSS. Su conclusión es que el incremento de la sensación rusofóbica tiene que ver con la institucionalización y la instrumentalización de ciertas actitudes y teorías de la conspiración por parte de los Gobiernos de Putin. Según Berenstein, la década de 1990 fue de reestructuración ideológica, cuando no se sabía a dónde ir ni qué camino tomar, el comunismo había desaparecido, el capitalismo salvaje ocupaba todo y las teorías de la conspiración crecían y se expandían en los márgenes de la sociedad y la cultura. Sectas religiosas, neofascismos y pensamientos conspiranoicos de todo tipo medraban por los rincones de una esfera pública que aunaba extrema libertad de prensa con escasos mecanismos sociales o estéticos que sirvieran para separar trigo de paja. Es el campo abonado de los populismos nacionalistas. Los dos primeros mandatos de Vladímir Putin, con su concepto de la "democracia soberana", permitieron a estas estructuras de pensamiento conspirativo extenderse, adquirir robustez y prestigio. Todavía, sin embargo, ni Putin ni la sociedad en general aceptaban estas herramientas como indiscutibles: minimizaban el valor de sus contenidos ideológicos y las tomaban como una posibilidad que no era la única. Pero, tras el intento melifluamente liberalizador del Gobierno de Dimitri Medvedev, llegaría el tercer mandato de Putin, en el que abiertamente se asumieron las estructuras conspirativas y se les añadiría un contenido ideológico explícito, nacionalista, que tenía el objetivo de modelar la forma de la sociedad hacia el futuro siguiendo unas determinadas líneas, un intervencionismo que tenía su origen, claramente, en el modelo soviético, aunque fuera muy distinto. Es como parte integrante de esa ideología nacionalista de estructuras conspiranoicas que el recurso a la rusofobia como discurso

victimista se estableció, después de ir creciendo con cada una de las fases (Borenstein, 2019).

## RUSOFOBIA EN RUSIA

Pero la acusación de "rusofobia" puede ser, lo ha sido a menudo, también contra un ruso. El "autoodio de los rusos" —acusación muy habitual durante la última etapa de la URSS— puede llevar a cualquier ruso a odiar su patria. La oposición liberal rusa ha sido acusada durante años de ser rusófoba, de atacar los fundamentos culturales, políticos y hasta raciales de Rusia. Quien criticara al poder, quien pensara que la dirección de la política rusa no era la adecuada, podía ser —puede ser— acusado de ser rusófobo, de odiar a su propio país. A veces esto va unido a la sospecha de no ser del todo "ruso": tener algún antecesor judío o ser criptojudío, algún apellido extranjero, alemán, del Báltico, quizá georgiano. O todo a la vez.

Andrei Saveliev, autor de libros racistas y que se denomina monárquico —fue el primer diputado en la Duma desde 1912 en jurar lealtad a la familia Romanov—, ha desarrollado todo un discurso público de ataque a la burocracia putinista como "antirrusa" y "rusófoba". Para él, en su libro *Rusofobia en Rusia*, los Gobiernos de Putin —el texto es de 2009— habían destruido Rusia. Las acusaciones eran similares a las que Shafarevich hizo a la URSS: "el desastre demográfico" (mencionaba datos como que por entonces la tasa de natalidad era "de 1.760.000 personas y la de mortalidad de 1.950.000 a 2.000.000"). También hablaba de "burocratización total (durante la década de 'reformas de Putin', el número de burócratas en Rusia casi se ha duplicado)", sin dejar de mencionar la "violación total de los derechos". Es curioso que Saveliev utilizara datos de los liberales defensores de los derechos humanos para atacar a Putin: "en 2009, Rusia ostentaba el récord de demandas presentadas ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Un total de

33.550 demandas fueron presentadas por ciudadanos rusos, el 28,1% del total. Rusia está significativamente por delante de Turquía (11%), Ucrania (8,4%) y Rumanía (8,2%). Durante el periodo 2002-2008 se dictaron 643 resoluciones en casos rusos, 605 de las cuales no fueron favorables al Estado". El resto de acusaciones a Putin iban más en la línea de la ultraderecha: habla de "concesiones de tierras rusas. Tanto Yeltsin como Putin cedieron territorio a China. En 2009 están surgiendo de nuevo iniciativas de concesiones territoriales". También aplica a Rusia la teoría de la sustitución: "La sustitución de la población autóctona por inmigrantes. Entre 2003 y 2008, unos dos millones de personas obtuvieron la ciudadanía rusa". De esto, por supuesto, le molestaba que se tratara sobre todo de personas provenientes "de países asiáticos y caucásicos".

La repetición de los argumentos "rusófobos" para la propia Rusia y aplicados a los rusos nos señala y deja bastante claro en lo que se ha convertido el concepto: la acusación de "rusofobia" es un arma en manos de un complejo de propaganda al que los hechos no le importan tanto como el uso que se le pueda dar en el combate político internacional y los apoyos que se puedan conseguir a partir de ello.

Ello enlaza con el argumento repetido del antisemitismo. Una de las mayores polémicas que se produjeron en torno a Aleksander Solzhenitsyn (1918-2008), el escritor premio nobel expulsado en 1973 de la URSS, fue cuando, después de su regreso a Rusia, publicó, entre 2001 y 2002, dos tomos de una investigación histórica sobre la que llevaba mucho tiempo trabajando: *Doscientos años juntos*. La obra examinaba la relación de los judíos con Rusia y la URSS y fue acusada de antisemita. Aunque en realidad intentaba, desde su posición patriótica, comprender de forma para él equilibrada el papel de los judíos en la historia rusa, lo cierto es que, al apoyarse en datos y fuentes poco fiables y al ser incapaz de mantener la distancia crítica con muchos de los estereotipos existentes, su trabajo acababa por exponer todas las limitaciones de su nacionalismo. Esto le ganó nuevos enemigos entre los liberales rusos y consolidó su

posición entre los antisemitas y ultrapatriotas de la nueva Rusia.

El traspiés de Solzhenitsyn era comprensible. Para el nacionalismo ruso no hay nada más rusófobo que los judíos. De Rusia fue de donde surgió el bulo de *Los protocolos de los sabios de Sión*, un falso documento, forjado probablemente por la policía zarista, que exponía un supuesto plan secreto de dominio del mundo por los judíos. Escrito en los años 1890, utilizando como material un libro contra Napoleón III, algunos capítulos de una novela antisemita francesa y, quizás, con inspiración en una obra satírica española, lo cierto es que el éxito de esta falsificación ha sido extraordinario para justificar el odio moderno a los judíos. El régimen soviético trató a los judíos de forma muy ambivalente: aunque proclamando la (real) igualdad legal, hubo persecuciones y discriminaciones no siempre evidentes que, tras la creación del Estado de Israel, se disfrazaron de "antisionismo" y "propalestinismo". La emigración de judíos rusos ha sido una constante desde que se abriera la primera puerta después de 1956.

En cualquier caso, en la mente nacionalista rusa, el judío es el rusófobo por excelencia, que conspira incansable contra la nación, el Estado unitario ruso y también, por supuesto, contra la Iglesia ortodoxa.

## LA IGLESIA ORTODOXA Y LA RUSOFOBIA

En marzo de 2022, en respuesta a una petición del secretario general en funciones del Consejo Mundial de Iglesias (CMI), el rev. prof. Dr. Ioan Sauca, pidiendo al patriarca Kirill que mediara para detener la guerra, este respondió con una dura carta dirigida hacia Occidente y en la que se negaba a intervenir. Su argumentario resultaba conocido:

> Este trágico conflicto se ha convertido en parte de la estrategia geopolítica a gran escala destinada, ante todo, a debilitar a Rusia. Y ahora los dirigentes occidentales están imponiendo a Rusia sanciones económicas que serán perjudiciales para todos. Hacen que sus intenciones sean descaradamente obvias: hacer sufrir no solo a los dirigentes políticos o militares rusos, sino específicamente al pueblo ruso. La rusofobia se está extendiendo por el mundo occidental a un

ritmo sin precedentes[1].

Para Kyrill, como para Putin:

Los orígenes del enfrentamiento se encuentran en las relaciones entre Occidente y Rusia. En la década de 1990 se había prometido a Rusia que se respetarían su seguridad y su dignidad. Sin embargo, con el paso del tiempo, las fuerzas que consideraban abiertamente a Rusia como su enemigo se acercaron a sus fronteras. Año tras año, mes tras mes, los Estados miembros de la OTAN han ido aumentando su presencia militar, haciendo caso omiso de la preocupación de Rusia de que esas armas puedan ser utilizadas algún día contra ella.

Una afirmación que, en otros casos, podría ser comprensible —la necesidad de garantizar la seguridad nacional—, significaba aquí otra cosa:

Además, las fuerzas políticas que tienen como objetivo contener a Rusia no iban a luchar ellas mismas contra ella. Planeaban utilizar otros medios, tras haber intentado enemistar a los pueblos hermanos: rusos y ucranianos. No escatimaron esfuerzos ni fondos para inundar Ucrania de armas e instructores de guerra. Sin embargo, lo más terrible no son las armas, sino el intento de "reeducar", de rehacer mentalmente a los ucranianos y a los rusos que viven en Ucrania para convertirlos en enemigos de Rusia.

El victimismo de la Iglesia ortodoxa está basado en un aspecto importante de la cultura política rusa: el mesianismo. Vladímir Putin defendió la invasión de Ucrania con la excusa de que es misión de su país la de defender a los ciudadanos de lengua o etnia rusa que el naufragio de la URSS dejó varados en otros lugares. Pero ha hablado también de otras misiones: liberar Europa de los "nazis" —identificándolos con los nacionalistas ucranianos—, crear una alternativa al poder omnímodo de los Estados Unidos o salvar al mundo de la decadencia impulsada por los "grupos de presión" homosexuales. Uno de los estereotipos principales que se les han achacado a los rusos desde antiguo es precisamente el del mesianismo. Los rusos parecen tener siempre una misión que cumplir. En la cultura política rusa, la idea de que Rusia tiene una misión especial en el mundo ha sido muy habitual. Su origen está, posiblemente, en la idea de Moscú como la tercera Roma.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI, se

fue creando en Moscovia la idea de que el principado era el sucesor de Roma y Bizancio. La caída de Constantinopla hizo de Moscú uno de los centros de la ortodoxia, en un tiempo en el que el Estado se estaba fortaleciendo y expandiendo. Ivan el Terrible fue el primero en adoptar el título de césar (zar) y de reclamar el legado de la Rus de Kiev, pero la primera formulación que se conserva de la idea de Moscú como tercera Roma es incluso anterior. En una carta del monje Filofei, el mayor del monasterio Eleazarov de Pskov, escrita en 1511, y dirigida a su príncipe, Vasili III, se afirma que:

> La Iglesia de la antigua Roma cayó por la impiedad de la herejía de Apolinar; la Iglesia de la segunda Roma, Constantinopla, fue golpeada por las hachas de batalla de los agarenos; pero esta Iglesia actual de la tercera, nueva Roma, de tu soberano imperio: la santa Iglesia católica apostólica… brilla en todo el universo más resplandeciente que el sol. Y que se sepa, o pío Zar, que todos los imperios de la fe cristiana ortodoxa han convergido en tu único imperio. Tú eres el único emperador de todos los cristianos en el universo entero… Porque dos Romas han caído, y la Ttercera sigue en pie, y nunca habrá una cuarta, pues tu imperio cristiano nunca recaerá sobre otros (citado en Duncan, 2000: 11).

En la tradición de la Iglesia ortodoxa, el que sufre es el santo, no el que hace buenas obras. Basta morir en circunstancias de martirio para ser declarado santo. El sufrimiento es el camino a la salvación. La idea de la tercera Roma o del "Cristo entre los pueblos" (por su martirio) fue también recogida por literatos, filósofos y artistas. El nacionalismo de Fiódor Dostoievski, por ejemplo, se fundamentaba en un profundo sentimiento religioso pero contenía aspectos muy oscuros y peligrosos. Su defensa de la humildad, la pobreza, la compasión y la hermandad desaparecían a la hora de juzgar la agresividad de la política exterior rusa. Su amor por Rusia estaba impregnado de imágenes de sufrimiento y dolor que le hacían tener una visión agónica y metafísica de la existencia rusa. El mesianismo de una Rusia como "el Cristo de los pueblos", presta a padecer para lograr la salvación de todos, estaba apuntalado por un antioccidentalismo muy profundo. De ahí que toda crítica a Rusia fuera vista como una profanación de la misión divina de un pueblo elegido.

Toda crítica —incluso la menor— es, por tanto, rusofobia.

## LA DICTADURA COMO NECESIDAD

Por eso, en la mente del nacionalista ruso solo una Rusia fuerte, unida, con un Gobierno que lleve las riendas del país con mano dura, podrá resistir a la rusofobia. Al cabo, según muchos nacionalistas rusos, un poder fuerte es una necesidad en un Estado tan grande. La dictadura es necesaria también al carácter ruso, a la tradición rusa, a su forma de ver el mundo.

La época de la perestroika y su final vieron surgir en la URSS un debate ante todo político al que, sin embargo, acompañó un renovado auge de la investigación histórica, promovida por las nuevas facilidades de acceso a los archivos. Se juzgó y se enjuició y se analizó el régimen soviético y su modelo en un tono que, en el interior de Rusia, acabó siendo altamente crítico. Se comenzaron a contemplar los setenta años posrrevolucionarios a través del color del cristal de la situación contemporánea, esto es, la profunda crisis económica rusa de los años noventa. En ese contexto, una de las lamentaciones más repetidas era el hecho de que los bolcheviques habían "apartado" a Rusia del camino "natural" de desarrollo, teniendo en mente, claro, al capitalismo zarista.

En la propia Rusia, sin embargo, ha habido dos caminos de lidiar con el pasado soviético: o bien buscar la culpa entre las influencias occidentales —el marxismo como contaminación externa que llevó a violencia, ateísmo y destrucción de la tradición—, o bien la asunción de la dictadura soviética en toda su integridad como parte de la propia historia rusa, haciéndola converger con la larga historia rusa. Durante la perestroika, sobre todo, se hicieron famosos toda una pléyade de historiadores y pseudohistoriadores del tipo de Lev Gumiliov (1912-1992) —el hijo de la poetisa Anna Ajmátova— que desarrollaron teorías historiosóficas muy extrañas, con argumentos a menudo con tintes

antisemitas, que tenían por objetivo el recalcar que el marxismo y el socialismo no pertenecían a la historia nacional rusa, sino que eran importaciones extranjeras. Sin embargo, y a la larga, en la conciencia general histórica de la población rusa, atizado por la propaganda de la era Putin, ha quedado fijada la idea una evolución histórica sin solución de continuidad (Müller, 2009). En ella, la Revolución de Octubre es parte de la historia rusa; el estalinismo fue una fase como la de Pedro I; la Gran Guerra Patria, una repetición, más heroica si cabe, de la guerra contra Napoleón; y la *perestroika*, un acontecimiento lamentable, pero de corta duración, en la historia del "imperio". La conciencia histórica rusa que se ha consolidado tras la llegada al poder de Vladímir Putin (2000) es, pues, una conciencia imperial.

## PUTIN Y LA RUSOFOBIA

Pero aunque Vladímir Putin es un nacionalista ruso, lo es en un sentido clásico, conservador. Los tormentosos discursos antioccidentales que —sobre todo desde el comienzo de la invasión plena de Ucrania— ha comenzado a proclamar son, muchas veces, producto de su comprensión de la historia. Hay poco racismo en Putin y mucho imperialismo. En general, Putin ha hablado de rusofobia como forma de justificar determinadas agresiones o de respaldar su política. Pero lo cierto es que, a lo largo del tiempo, su convicción de que el resto del mundo tiene envidia y odio a Rusia se ha ido expandiendo hasta convertirse en parte integrante de su cosmovisión. Rusia está sola en el mundo.

Para él no se trata solo de un residuo de la Guerra Fría, sino de una actitud de siglos. Los que odian a Rusia quieren, sobre todo, desmembrarla. Conecta Putin con la línea esencial de la geopolítica rusa que, ante el miedo a desaparecer como Estado, invadido por cualquier lado de la vasta llanura que es el corazón del país, privilegia la unidad a cualquier precio. Y dentro de esa unidad, la recuperación de tierras que

—siguiendo el camino practicado desde Iván el Terrible— se reivindican como que alguna vez constituyeron parte de Rusia.

Pero la concepción de la rusofobia durante el gobierno de Putin no se queda en una simple cuestión ideológica. En agosto de 2016, por ejemplo, el Ministerio de Cultura ruso destinaba casi dos millones de rublos a estudiar la "tecnología de la rusofobia cultural" y la respuesta que Rusia debía dar a ella (Borenstein, 2019: 100). La gestión de la rusofobia por la Administración Putin es esencial para comprender cómo se negocia la noción de identidad rusa: no se aplica solo al odio a lo ruso "étnico", sino que posee aspectos que tienen que ver con la vasta red de identidades "imperiales" del país. La rusofobia es un comodín para poner la nación a la defensiva y proclamar líneas de unidad e inclusión, al tiempo que se expulsa tanto al enemigo interno como al que pretende criticar el país desde el exterior. De hecho, esto lo muestra el desarrollo de la legislación sobre los "agentes extranjeros". Se trata una serie de pasos legislativos que han ido progresivamente obligando a toda aquella organización que contara con algún tipo de financiación exterior a Rusia —becas, programas de intercambio, proyectos financiados, etc.— a mostrar en todas sus actividades la etiqueta de "agente extranjero". Esto se ha ido extendiendo cada vez más hasta el punto de que se puede nombrar agente extranjero a meros individuos que, como cantantes o actores, simplemente se han significado criticando al Gobierno o viven fuera del país para evitarse problemas. De este modo se unen los dos aspectos del enemigo rusófobo que conocemos desde tiempos de Tyutchev: el externo y el interno. Al cabo, odio interno y odio externo resultan ser lo mismo.

Por eso es tan importante para Putin el concepto de *russkii mir*, el "mundo ruso". Se trata de una solidaridad cultural e histórica entre todos aquellos que se consideran rusos, en principio en los antiguos territorios soviéticos, pero con el tiempo extendida a cualquier lugar del mundo donde haya "rusos". El patriarca Kirill acoge en este "mundo ruso" también a "aquellos que se llaman a sí mismos con diversos nombres,

incluyendo a rusos, ucranianos y bielorrusos". De hecho, va más allá y afirma que personas "totalmente extrañas al mundo eslavo" pueden participar de la civilización rusa si aceptan "sus elementos espirituales y culturales como propios" (Wawrzonek, 2018).

**Caricatura: "Putin, el gran dictador".**
**Fuente: Sara Rojo y Javier Carbajo, ABC, 3 de mayo de 2022.**

La rusofobia se ha transformado en una inmensa industria en Rusia. Impulsada por los numerosos mecanismos de propaganda interna y externa (desde el Ministerio de Cultura a fundaciones culturales en el país y el extranjero), y bien financiada y engrasada por el Estado, la industria de la rusofobia escruta con verdadera obsesión cada muestra de odio o desprecio hacia lo ruso, escarba en los estercoleros de las redes sociales y rescata palabras ofensivas de personajes ignotos y las magnifica. Realiza, en definitiva, una tarea de construcción de una legitimación política de las necesidades defensivas del Estado ruso, aunando en un mismo discurso nacionalista toda una larga serie de agravios, algunos reales, otros falsos, otros apenas medias verdades.

## UNA NOTA SOBRE RUSOFOBIA EN ESPAÑA

Resulta curioso que Julián Juderías (1877-1918), el historiador,

diplomático y escritor que popularizó el término "leyenda negra" referido al mito negativo acerca de España, escribiera un libro acerca de Rusia. Juderías, que hablaba ruso y había sido traductor en el consulado español en Odesa, explicaba en el libro que "la idea que generalmente se tiene de Rusia, no solo en España, sino en toda Europa, es incompleta y errónea". Y describe así esa visión negativa del país:

> Su forma de gobierno, los procedimientos un tanto duros que adoptan sus ministros al reprimir las intentonas de sublevación ó de mera protesta, y el empleo constante de prácticas policiacas caídas ya en desuso, dan lugar á lucubraciones filantrópicas en la prensa europea y hacen que lo real y verdaderamente interesante del Imperio ruso, lo que es eficaz á despertar sorpresa suministrando algunas veces notables ejemplos de habilidad política, se ignore ó se calle, en unos casos con sinceridad, en otros con evidente mala fe (Juderías, 1904: 5-6).

El propio Juderías parecía contemplar Rusia con los ojos con los que luego miraría la historia de España: como a un gran país malinterpretado por la propaganda ajena.

Resulta fácil demostrar que, en general, en España no ha habido rusofobia. No solo por el habitual alejamiento geográfico, sino por la existencia de un discurso, muchas veces inexpresado, que acerca los dos países: la excentricidad espacial en Europa de ambos y la peculiaridad ofrecida por las dos invasiones, mahometana en España y mongola en Rusia. Todo ello ha sido a veces motivo para realzar un cierto paralelismo que, sin ir demasiado lejos, evita juzgar a Rusia con los mismos ojos de otros Estados europeos; la perspectiva española es, verdaderamente, otra. La escritora Elvira Roca Barea, en una parte especialmente mal pergeñada de un libro, por otro lado no demasiado acertado, titulado *Imperiofobia y leyenda negra*, se atreve a hacer una especie de paralelismo entre España y Rusia como dos países más o menos perseguidos por las potencias protestantes y por la Francia de las Luces por ser distintos en la Europa del momento. Roca Barea cita de forma incompleta a Gertrude Steine diciendo que "los rusos y los españoles son orientales. Rasca a un ruso y encontrarás a un tártaro. Rasca a un español y encontrarás a un sarraceno" (Stein, 1973: 21).

El apoyo de la Unión Soviética a la España republicana fue visto tanto por el anticomunismo rusófobo como por los republicanos de todo color como una intervención de "Rusia". A "Rusia" se le dedicó una avenida en Madrid durante la guerra, pero también "Rusia" era culpable de nuestra guerra civil, según Serrano Suñer, y por eso se enviaron voluntarios a combatir en "Rusia". La mitología rusófoba en el franquismo fue estrictamente anticomunista, aunque se repitieran una y otra vez los estereotipos de los rusos bárbaros, ateos y criminales.

Pero la imagen general de Rusia en España tras la dictadura ha sido, en general, benévola. A esto puede que contribuyeran tanto las nostalgias de los ex y postcomunistas que habían combatido el franquismo desde "el partido", como el inmenso número de turistas rusos —rusófonos— que comenzaron a llegar tras la disolución de la URSS. Si bien la idea de las "mafias rusas" se consolidó —con algunos puntos de histeria específicos en algunos momentos—, lo cierto es que los prejuicios eran más bien de baja intensidad.

¿Ha cambiado esto con la invasión a Ucrania? La coyuntura es siempre —como hemos visto en otros casos— la responsable del surgimiento de rusofobias. Si en noviembre de 2021 apenas un 5% de los españoles definían a Rusia como una amenaza, en junio de 2022 ya la consideraban una amenaza el 52%[2]. No hay mucho que decir. Independientemente de la percepción que los españoles tengan del país eslavo, lo cierto es que la agresiva política exterior de Putin no es comprendida por la mayoría de la población.

## ENTRE RUSOFILIA Y RUSOFOBIA: CONCLUSIONES

Este libro es un breve intento de comprender un problema que la historiografía todavía apenas ha trabajado. Hemos dado unos apuntes de los aspectos más importantes, de los hitos del fenómeno. Pero aún habría mucho que explicar, describir, investigar.

Las conclusiones son, sin embargo, bastante claras. Como hemos visto a lo largo de este ensayo, la rusofobia ha sido, históricamente, un fenómeno muy escaso. Pero ha existido. Aquí hemos intentado contar algunos de los vectores que la han conformado a lo largo del tiempo, como —también— una forma de intentar entenderla. Y de reconocerla. Y de rebatirla.

La rusofobia, para haber sido tal, tendría que haberse convertido en una consideración sistemática y ejercida de continuo, tanto sobre la política exterior del país como sobre sus habitantes fuera de él. No ha existido nada así. No ha habido pogromos antirrusos, no ha habido una discriminación sistemática de ciudadanos rusos por el hecho de serlo —ya hemos visto las excepciones, sobre todo en los países bálticos—. Los prejuicios en torno a Rusia y su cultura no han constituido —en general— líneas maestras para la actuación política en las relaciones internacionales, más allá de las consideraciones coloniales, imperiales o de reparto de esferas de influencia. Si lo comparamos con la fobia más conocida de la historia de los últimos mil años —el antisemitismo—, la rusofobia carece de historial persecutorio, discriminatorio y no digamos eliminatorio. También si lo comparamos con el racismo habitual contra individuos o pueblos de piel oscura, la rusofobia queda relegada a determinados momentos, generalmente de tensiones políticas. Si la discriminación antirrusa en los Estados bálticos desde 1991 nos parece inaceptable —y la Unión Europea, aunque ha presionado, ha sido poco efectiva a la hora de contrarrestarla—, lo cierto es que es una discriminación que desaparece repentinamente con el aprendizaje del idioma local, que se ha convertido en dominante desde la independencia. Un fenómeno que también conocemos de las políticas de inmersión lingüística en algunas regiones españolas, como Cataluña o el País Vasco. Nada de eso sucede con el racismo contra afrodescendientes, por ejemplo, que no desaparece ni siquiera con el ascenso social de los individuos o su manejo de la lengua y las costumbres del lugar de asentamiento.

No quisiera minusvalorar los prejuicios contra los rusos ni el uso de los estereotipos en la política internacional. Como factor de movilización, como incentivo para la toma de decisiones, los prejuicios y los estereotipos funcionan. Son herramientas a veces inconscientes: los políticos no suelen reflexionar sobre sus filias o fobias ni cómo estas influyen en su acción cotidiana. Lo que quiero decir, y creo que ha quedado claro a lo largo del texto, es que, incluso con la larga duración de muchas de las imágenes negativas que hemos visto, la valoración de lo ruso no ha sido siempre negativa, sino que ha oscilado incluso hasta momentos de entusiasmo o aprecio por los estándares de la cultura rusa o por los valores de su política —desde el comunismo entendido como "ruso" hasta la ultraderecha global alabando el tradicionalismo de Putin —. Sería, por tanto, muy reduccionista el fijar el foco solo en determinados aspectos oscuros o perjudiciales para Rusia. La rusofilia es otro de los discursos más habituales de la modernidad, sea como alternativa al capitalismo, sea como último refugio de determinados valores, como la tradición o la masculinidad patriarcal. Rusia ha sido a menudo una pantalla sobre la que se proyectan los miedos y los deseos de izquierda y derecha.

Un aspecto que hay que resaltar —y este ensayo es un ejemplo de ello — es que solo contemplamos la rusofobia desde un punto de vista eurocéntrico, podríamos decir. Tanto para Rusia como para "Occidente", la rusofobia solo se plantea —tanto en el aspecto de odio como en el de propaganda defensiva rusa— en Occidente, especialmente en Europa. Nada sabemos de la rusofobia en Asia, África o Latinoamérica. La explicación es muy sencilla: la rusofobia es tan claramente un producto de las tensiones geopolíticas que quienes no tienen conflicto con Rusia no parecen necesitar del discurso del odio —más allá de la consideración del peligro comunista durante la Guerra Fría—. Y todavía más. La propia propaganda rusa parece tener tal obsesión con Europa, con medirse y confrontar su tamaño con Europa, que deja a todas luces claro que, pese a los discursos de diferencia con el resto del continente, desde el punto de

vista histórico, cultural, incluso económico hasta el comienzo de la guerra con Ucrania, Rusia ha sido, puede que siga siéndolo, parte de Europa. Eliminar los prejuicios es necesario, pero es un trabajo mutuo.

## AGRADECIMIENTOS

Que este libro exista se debe sobre todo a dos personas: Javier Senén, que me lo propuso, y Sisinio Pérez, que me convenció para que dejara a un lado todo lo que tenía sobre la mesa y dedicara el tiempo a escribirlo. Durante su redacción, Beatriz Abad me ha acompañado, como editora, con un excelente criterio.

Algunos amigos me han ayudado con algunas búsquedas y soportado mis lamentos acerca de la poca bibliografía sobre el tema: Olga Ilyukha (как всегда!), Martín Artola, Edgar Strahle y, por supuesto, Carolina Rodríguez-López, a quien todo debo. Como he escrito el libro durante un año sabático en Berlín —acogido académicamente en el Centro de Historia Contemporánea de Potsdam (ZZF)—, no he tenido clases y no he podido hablar de él con mis estudiantes, lo que es habitual en mí y siempre me ayuda. A cambio, buena parte del ensayo se ha escrito en el café Coffe and Bagel House de la Belzigerstrasse, en la capital germana. A su amable dueño, Seyhmus Acibuca, que me ha suplido de café y desayunos kurdos, mi más sincero agradecimiento.

## BIBLIOGRAFÍA


ARDELEANU, Constantin (2010): "The Danube navigation in the making of David Urquhart's Russophobia (1833-18370)", *Transylvanian Review*, 19, sup. 5, pp. 337-352;

BENN, David Wedgwood (2014): "On re-examining western attitudes to Russia", *International Affairs*, 90(6), pp. 1319-1328.

BILLINGTON, James H. (2011 [1986]): *El icono y el hacha. Una historia interpretativa de la cultura rusa*, Madrid, Siglo XXI.

BLANC, Simone (1968): "Histoire d'une phobie: Le testament de Pierre le Grand", *Cahiers du monde russe et soviétique*, 9(3-4), pp. 265-293.

BORENSTEIN, Eliot (2019): *Plots against Russia. Conspiracy and fantasy after socialism*, Ithaca, Cornell University Press.

BOYM, Svetlana (1995): "From the Russian Ssoul to post-communist nostalgia", *Representations*, 49, pp. 133-166.

BRUN-ZEJMIS, Julia (1996): "Who are the 'enemies of Russia'? The question of Russophobia in the samizdat debate before Glasnost", *Nationalities Papers*, 24(2), pp. 169-197.

BUSHKOVITCH, Paul (2014): "The testament of Ivan the Terrible", *Kritika. Explorations in Russian and Eurasian History*, 15(3), pp. 653-656.

CONQUEST, Robert (1974): "Introduction", en Tibor Szamuely, *The Russian tradition*, Londres, Secker & Waarburg.

CROWLEY, Francis J. (1943): "Balzac and the Marquis de Custine", *PMLA*, 58(3), pp. 790-796.

DEMM, Eberhard (1993): "Propaganda and caricature in the First World War", *Journal of Contemporary History*, 28(1), pp. 163-192.

DUGIN, Aleksander (2013, 29 de mayo): ""Tretii put' i tret'ia sila. O geopolitike evraziiskoi integratsii' [The third way and third power: on the geopolitics of Eurasian integration]", *Izborskii klub*.

DUNCAN, Peter J. S. (2000): *Russian messianism. Third Rome, revolution, communism and after*, Londres, Routledge.

FARALDO, José M. (2012): "Desde las tinieblas de la Edad Media. Los mitos medievales anti-germanos y el nacionalismo polaco", en Ludger Mees (ed.), *La celebración de la nación. Símbolos, mitos y lugares de memoria en el discurso nacional*, Granada, Comares, pp. 63-82.

— (2020): *El nacionalismo ruso moderno*, Madrid, Báltica.

FIGES, Orlando (2006): *El baile de Natacha: una historia cultural rusa*, Barcelona, Edhasa.

FILENE, Peter G. (ed.) (1968): *American views on Soviet Russia 1917-1965*, Homewood (Illinois), The Dorsey Press.

FILIUSHKIN, Aleksandr (2013): *Izobretaia pervuiu voinu Rossii i Evropy. Baltiiskie voiny vtoroi poloviny xvi v. glazami sovremennikov i potomkov,* San Petersburgo, Dmitrii Bulanin.

GLEASON, John Howes (1950): *The genesis of Russophobia In Great Britain. A study of the interaction of policy and opinion,* Cambridge, Harvard University Press.

GORBATOV, Inna (2007): "Voltaire and Russia in the Age of Enlightenment", *Orbis Litterarum*, 62, pp 381-393. '

GRUNWALD, Constantin de (1965): *Les alliances franco-russes. Neuf siecles de malentendus*, París, Plon.

HAHN, Hans Henning (ed.) (1995): *Historische stereotypenforschung. Methodische überlegungen und empirische befunde*, BIS - Bibliotheks- und Informationssystem Universität Oldenburg, Oldenburg.

— (2013): "'Mit denen da kann man sich einfach nicht vertragen'. Methodische überlegungen zur rolle von stereotypen in versöhnungsprozessen", *Kirchliche Zeitgeschichte*, 26(1), pp. 63-72.

HALPERIN, Charles (2018): "Scratch a Russian, Find a Turk", *Russian history*, 45, pp. 367-381.

HEROLD, J. Christopher (ed.) (1961): *The mind of Napoleon. A selection from his written and spoken words*, Nueva York, Columbia University Press.

HOPKIRK, Peter (1992): *The great Game: The struggle for empire in Central Asia*, Tokio y New York, Kodasha International.

JUDERÍAS, Julián (1904): *Rusia contemporánea. Estudios acerca de su situación actual,* Madrid, Fortanet.

KAPPELER, Andreas (1972): *Ivan Groznyi im Spiegel der ausländischen Druckschriften seiner Zeit. Ein Beitrag zur Geschichte des westlichen Russlandbildes*, Bren/Frankfurt am Main, Herbert Lang/Peter Lang.

KING, Charles (2007): "Imagining Circassia: David Urquhart and the making of North Caucasus nationalism", *Russian Review*, 66.2, pp. 238-255.

KOYRE, Alexandre (1976): *La philosophie et le problème national en Russie au début du XIXe siècle*, París, Gallimard.

KRAUTHAMMER, Charles (2007, 5 de octubre): "What Sputnik launched", *The Washington Post*, https://tinyurl.com/2rx9q4b5.

KUSHNIR, Ostap (2022): "Overcoming 'Otherness': Central and Eastern European nations and the idea of 'Europe'", *The International Spectator*, 57(4), pp. 104-120.

LAMB, Margaret (1981): "The making of a Russophobe: David Urquhart – The formative years, 1825-1835", *International History Review*, 3(3), pp. 330-357.

MARCHAND, Jean (1961): "The portfolio de David Urquhart. Une entreprise anglaise de divulgation des documents secrets russes (1835-1845)", *Revue d'histoire diplomatique*, 75, pp. 136-144.

MARGOLINA, Sonja (2004): *Wodka. Trinken und macht in Russland*, Berlín, WJS Verlag.

MERRIDALE, Catherine (2017): *El tren de Lenin*, Barcelona, Crítica.

MORGAN, Ted (2004): *McCarthyism in twentieth-century America*, Nueva York, Random House.

MÜLLER, Elena (2009): "Woher ist das russische Land gekommen? Und wohin soll es gehen? Die inoffizielle Geschichtsschreibung im heutigen Russland", en Gerhard Besier y Katarzyna Stoklosa (eds.), *Geschichtsbilder in den postdiktatorischen Ländern Europas. Auf der Suche nach historisch-politischen Identitäten*, Múnich, Lit Verlag, pp. 75-92.

PETRESCU, Cristina (2011): "Concebir Europa desde el otro lado del telón de acero. Intelectuales rumanos y centroeuropeos en comparación", *Ayer*, 82, pp. 55-86.

PUFELSKA. Agnieszka (2023, 19 de mayo): "Alles, nur nicht Polen – das Berliner Humboldt-Forum hat den 'Kolonialismus' zu seinem Kernthema erklärt, pflegt aber unreflektiert und geschichtsvergessen einen westeuropäischen Zentrismus", *Neue Zürcher Zeitung*, https://tinyurl.com/2kk9zqrq.

RIABOV, Oleg (2020a): "The Birth of the Russian Bear? The Bear Symbol in the Satirical Journals of the Russian Revolution of 1905", *Region: Regional studies of Russia, Eastern Europe, and Central Asia*, 9(1), pp. 139-168.

— (2020b): "The Red Machine: The dehumanization of the communist enemy in American Cold War cinema", *Quaestio Rossica*, 8(2), pp. 536-550.

RIABOV, Oleg y DE LAZARI, Andrzej (eds.) (2012): *Russkii medved': Istoriia, semiotika, politika*, Moscú, Novoe Literaturnoe Obozrenie.

RUPP, David (2007): *Die Rußländische Föderation und die russischsprachige Minderheit in Lettland. Eine Fallstudie zur Anwaltspolitik Moskaus gegenüber den russophonen Minderheiten im "Nahen Ausland" von 1991 bis 2002*, Stuttgart, ibidem-Verlag.

SCHMALE, Wolfgang (2008): "'Osteuropa'. Zwischen Ende und Neudefinition", en José M. Faraldo, Paulina Gulińska-Jurgiel y Christian Domnitz (eds.), *Europa im Ostblock: Vorstellungen und diskurse (1945-1991) / Europe in the Eastern Bloc: Imaginations and discourses (1945-1991)*,

Viena, Böhlau Verlag, pp. 23-36.

SHEPLEY, Nick (2011): *The Palmer Raids and the Red Scare, 1918-1920. Justice and liberty for all*, Luton, Andrews UK.

SIMMONS, Ernest J. (1955): *Continuity and change in Russian and Soviet thought,* Cambridge, Harvard University Press.

SMITH, Mark B. (2019): *The Russia anxiety. And how history can resolve it,* Londres, Penguin Books.

SOLDAT, Cornelia (2013): *Das testament Ivans des Schrecklichen von 1572. Eine kritische aufklärung*, Lewiston/Queenstown/Lampeter, Edwin Mellin Press.

— (2014): *Erschreckende Geschichten in der Darstellung von Moskovitern und Osmanen in den deutschen Flugschriften des 16. und 17. Jahrhunderts / Stories of atrocities in sixteenth and seventeenth century German Pamphlets About the Russians and Turks*, Lewiston/Queenstown/Lampeter, Edwin Mellin Press

SOLZHENITSYN, Aleksander I. (2001/2002): *Dvesti let vmeste*, Moscú, Russkiy Put'.

STEIN, Gertrude (1973): *Everybody's autobiography*, Nueva York, Vintage Books.

STRUCK, Bernhard (2004): "Auf der Suche nach Osteuropa. Zur Wahrnehmung Polens und Frankreichs in vergleichender Perspektive, 1770-1850", *Zeitschrift für Ostmitteleuropa-Forschung*, 53(4), pp. 504-524.

SZAMUELY, Tibor (1974): *The Russian tradition*, Londres, Secker & Waarburg.

THUM, Gregor (ed.) (2006): *Traumland Osten. Deutsche Bilder vom östlichen Europa im 20. Jahrhundert*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.

TSYGANKOV, Andrei (2009): *Russophobia. Anti-Russian lobby and American foreign policy,* Nueva York: Palgrave Macmillan.

WAWRZONEK, Michal (2018): "The concept of 'Russkiy Mir' as an official agenda for prejudice", en Giuseppe Motta (ed.), *Dynamics and policies of prejudice from the eighteenth to the twenty-first century*, Newcastle upon Tyne, Cambridge Scholars Publishing.

WEBSTER, Charles K. (1947): "Urquhart, Ponsonby and Palmerston", *English Historical Review*, 62(244), pp. 327-351.

WILBERGER, Carolyn H. (1976): *Voltaire's Russia. Window on the East*, Oxford, Voltaire Foundation at the University of Oxford.

WOLFF, Larry (1994): *Inventing Eastern Europe. The map of civilization on the Mind of the Enlightenment,* Stanford, Stanford University Press.

## NOTAS

1 . https://tinyurl.com/2ncfhdnb.

2 . https://tinyurl.com/2l44alsq.